

La disputa sobre el uso político del *Risorgimento* italiano: del advenimiento del fascismo al surgimiento de la república

Andrea Vincenzini

Universidad de Cantabria

Email: vincenzinia@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4151-8303>

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.94920>

Recibido: 6 de marzo de 2024 • Aceptado: 6 de julio de 2024

ES Resumen: En este artículo, analizaremos la disputa sobre el uso político del *Risorgimento* entre los intelectuales fascistas y antifascistas desde la marcha sobre Roma en 1922 hasta el advenimiento de la República, pasando por los años cruciales de la Resistenza. En primer lugar, examinaremos las dos almas principales y contrastantes del mito del *Risorgimento*: la monárquica saboyana y la republicana mazziniana. En segundo lugar, describiremos la lucha dentro del fascismo entre la corriente tradicionalista y los modernistas, así como entre los conservadores y los revolucionarios, para imponer su propia versión. Y, en tercer lugar, trataremos de precisar la posición ideológica de los personajes y los movimientos políticos del heterogéneo frente antifascista. Además, nos detendremos en el concepto de restauración liberal prefascista de Benedetto Croce; explicaremos el relato accionista de la Resistencia como *segundo risorgimento*; y analizaremos la anexión ideológica que el Partido Comunista Italiano hizo de la figura de Garibaldi.

Palabras clave: *Risorgimento*; fascismo; antifascismo; Resistencia; legitimación política.

ENG The dispute about the political use of the Italian *Risorgimento*: from the advent of fascism to the emergence of the republic

Abstract: In this article, we will analyze the dispute over the political use of risorgimento between fascist and anti-fascist intellectuals from the march on Rome in 1922 to the advent of the Republic, passing through the crucial years of the Resistenza. First, we will examine the two main and contrasting souls of the risorgimento myth: the Savoyard monarchist and the Mazzinian republican. Secondly, we will describe the struggle within fascism between the traditionalist current and the modernists, as well as between the conservatives and the revolutionaries, to impose their own version. And, thirdly, we will try to specify the ideological position of the characters and political movements of the heterogeneous anti-fascist front. Furthermore, we will stop at Benedetto Croce's concept of pre-fascist liberal restoration; We will explain the shareholder story of the Resistance as a second risorgimento; and we will analyze the ideological annexation that the Italian Communist Party made of the figure of Garibaldi.

Keywords: *Risorgimento*; fascism; anti-fascism; Endurance; political legitimization.

Sumario: 1. ¿Qué *Risorgimento*?: ¿Moderado, democrático o nacional-revolucionario? 2. La lucha sobre la narración del *Risorgimento* entre las familias políticas del fascismo: ¿continuidad o ruptura revolucionaria? 3. Fascismo institucional contra fascismo revolucionario: Gentile, Volpe y el “*Risorgimento* traicionado” de los fascistas intransigentes. 4. Il *Risorgimento* antifascista: Croce, Salvemini, Rosselli y la idea de la Resistencia como culminación del “Segundo Risorgimento”. 5. La interpretación de la izquierda socialista y comunista sobre el *Risorgimento*. Conclusiones.

Cómo citar: Vincenzini, A. (2026). “La disputa sobre el uso político del *Risorgimento* italiano: del advenimiento del fascismo al surgimiento de la república”. Revista, Vol.: páginas.

1. ¿Qué *Risorgimento*?: ¿Moderado, democrático o nacional-revolucionario?

Las guerras de memorias son un fenómeno recurrente en la historia contemporánea de Europa: todos los régimes políticos, sea cual sea su tendencia ideológica, han usado como base de legitimación el pasado idealizado de sus respectivas naciones y, en particular, sus héroes fundacionales (Baioni, 2017: 37-47). La epopeya de la Italia reunificada (*Risorgimento*) no constituye una excepción a esta teoría. De hecho, desde 1861, su recuerdo fue la columna vertebradora de la política del nuevo reino y objeto de una encendida competición entre los relatos de “las diferentes Italías”, que se enfrentaban también con la simbología y la ritualidad política (Baioni, 2020; Montaldo *et al.*, 2020). La narración oficial de la corriente liberal-moderada —que se fraguó con éxito durante el atormentado periodo de 1848-1861— consistió en promover la reunificación del país gradualmente, bajo el liderazgo de una élite de dirigentes liberales, con el concurso de la diplomacia internacional y el respaldo político y militar de la monarquía de los Saboya. El patrocinador intelectual más influyente de esta opción fue Cesare Balbo y sus realizadores pragmáticos, Camillo Benso, conde de Cavour, y el rey Víctor Manuel II¹ (Romeo, 1963; 1984).

Sin embargo, junto a este relato hagiográfico oficial, en las décadas siguientes a la unificación se abrió camino un “*Risorgimento* popular traicionado o incumplido”. Esta interpretación brotó, después de 1861, del resentimiento de los demócratas derrotados, cuyo apóstol Giuseppe Mazzini juzgó el Estado recién nacido como “una mentira de Italia, un organismo inerte, al que faltan el aliento fecundador de Dios y el alma de la nación”² (Belardelli, 2003: 43; De Federicis, 2013: 11-32; Mastellone, 2000: 435-445). Según Mazzini, la Italia de los moderados estaba muy lejos de llegar a ser “la tercera Roma del pueblo”, como había auspiciado en sus escritos³ (Della Peruta, 2004; Angelini, 2011).

El desgaste del relato monárquico-liberal se acentuó paralelamente a los graves obstáculos que el joven Estado unificado se iba encontrando en el camino: la difícil integración en las instituciones del bando garibaldino; la opción republicana nunca abandonada por Mazzini; el atraso económico, social e industrial del país; el problema del *brigantaggio* en el sur; la oposición de la Iglesia⁴ (Pertici, 2011: 93-120; Keyes O’Cler, 2017). A todas estas cuestiones se añadía la mala práctica del transformismo parlamentario, inaugurada por Agostino Depretis en 1876 (Riall, 1997; Capone, 2002: 229-273). El transformismo permitió el encuentro entre elementos de la derecha

¹ Acerca de los héroes moderados del *Risorgimento* véase la interpretación de Rosario Romeo, considerando el historiador más importante de la tradición historiográfica italiana de matriz laica y liberal.

² El programa político mazziniano defendió desde el inicio el valor de la igualdad como inseparable de la libertad. Sin embargo, su idea de la libertad aparece siempre como una libertad positiva, contraria a la libertad negativa de los liberales. De hecho, la libertad de Mazzini era un acto de fe fundado sobre los conceptos de la democracia, del principio asociativo y de la independencia nacional.

³ Sobre la disputa entre patriotas demócratas y moderados durante el *Risorgimento* véase Della Peruta. Sobre la contienda entre demócratas de la corriente unitaria y de la federalista véase Angelini.

⁴ Una visión crítica del *Risorgimento* que describe el oportunismo de las clases dirigentes moderadas en Keyes O’Cler.

histórica liberal y exponentes del bando mazziniano-garibaldino, entre los cuales destacó Francesco Crispi, que durante su etapa de gobierno promovió una política nacionalista y fuertemente centralizadora. Este último, inspirándose en la mentalidad de Bismarck, una vez cogido el timón gubernamental, optó por la vía autoritaria abogando por la exaltación de la monarquía, la expansión colonial y también la represión directa de las oposiciones anarquistas, católicas y socialistas (Scichilone, 2013; Sajja, 2019)⁵. La finalidad de Crispi era desencadenar ese proceso de nacionalización e integración de las masas en el Estado que los herederos de Cavour no habían logrado. La palanca elegida para triunfar en este proyecto fue la reinterpretación del mito del *Risorgimento*. En este sentido, el político siciliano institucionalizó las figuras de Mazzini y de Garibaldi, integrándolas en el hito fundacional de la Italia reunificada. Y lo consiguió, depurándolas de todos los elementos ideológicamente incompatibles con la doctrina del Estado monárquico-liberal.

Ahora bien, un giro fundamental en la evolución de la cultura política germinada por el mito mazziniano lo encontramos en el pensamiento de Alfredo Oriani (1852-1909). (Pesante, 1996: 230-240). En él, la visión mazziniana se potenció y evolucionó, adquiriendo un tal grado de ambigüedad y flexibilidad que le consintió penetrar y condicionar culturas políticas diferentes y contrapuestas⁶ (Vivarelli, 2013: 27-30). A este respecto, en 1892 Oriani publicó *La lotta politica in Italia*, un ensayo que, aunque su éxito tuvo que esperar hasta el inicio del siglo xx, no pasó desapercibido en el círculo político e intelectual (Oriani, 1925: 81). En esta obra, el autor no ponía en tela de juicio los valores nacionales que habían encendido la chispa del movimiento del *Risorgimento*. Es más, los exaltaba⁷. Pero criticaba los actos concretos que desencadenó ese proceso histórico. Actuaciones, estas, insuficientes si se piensa que fueron llevadas a cabo por unos grupos políticos elitistas, miopes y culpables de haber tramado para propiciar una conquista regia sin la participación de las masas populares. Oriani tenía la firme creencia de la vida interpretada como misión, de la cual surgiría una religión política, promovida por una vanguardia iluminada, que movilizaría al pueblo⁸ (Buchignani, 2011: 247-281). De hecho, Oriani consideraba que la burguesía del siglo xix, una vez abatida la vieja aristocracia feudal, no había sido capaz de sustituirla, porque se había dejado corromper por la más pura lógica del interés económico. Consecuentemente, el escritor italiano auspiciaba y profetizaba el advenimiento de una “aristocracia nueva”, ajena al materialismo positivista y animada por un espiritualismo heroico, capaz de promover una *rivolta ideale* contra la vieja Italia burguesa⁹ (Oriani, 1924: 37-38).

En efecto, la aristocracia nueva evocada por Oriani surgió poco después de su muerte, recogió su mensaje y se comprometió a ponerlo en práctica. Se encarnó en los jóvenes aunados en torno a la revista *La Voce*, pero también en los futuristas, en los exponentes de la Asociación Nacionalista y en los sindicalistas revolucionarios (Gentile, 1982). En definitiva, se identificaba con ese *sovversivismo intellettuale* de principios del siglo xx decidido a desmantelar la vieja Italia liberal y sus instituciones y a crear una nueva élite dirigente que guiará un nuevo Estado. Esta

⁵ La caída de Crispi (5 de marzo de 1896) fue consecuencia del episodio decisivo del humillante desastre militar de Adua (1 de marzo de 1896), en el que los 14.000 soldados del general Baratieri fueron atacados y derrotados por los 120.000 etíopes encabezados por el negus Menelik. La rendición se produjo al final de una sangrienta batalla. Las manifestaciones y las protestas callejeras contra la política colonial de Crispi aceleraron las dimisiones del político siciliano.

⁶ Oriani, en sus ensayos, hacia hincapié en la diferencia entre la idea de derivación místico-romántica y de inspiración religiosa de Mazzini, basada sobre la concepción de la nación como realidad ideal y comunidad de creyentes, y la nación cavouriana, organizada como comunidad de ciudadanos en el marco de un Estado liberal y representativo.

⁷ *La lotta politica en Italia* es una obra monumental de propaganda política y un estímulo a la acción ajeno a los criterios de científicidad. En ella, Oriani proporciona su versión de la historia de Italia de 476 a 1887, exaltando el espíritu creador y universal de la raza italiana. Oriani 1925, vol. II, 175.

⁸ Acerca del mito del “*Risorgimento traicionado*” en la ideología de Oriani y su influencia sobre la cultura del fascismo revolucionario véase Buchignani.

⁹ *La rivolta ideale* se convertiría más adelante en una de las obras más frecuentemente citadas por los intelectuales fascistas. En el texto se auspiciaba la llegada de un personaje carismático, capaz de devolver la gloria a la nación italiana.

subversión idealista, antipositivista y antigiolittiana bebió también de las ideas del superhombre de Friedrich Nietzsche, de la evolución creadora de Henry Bergson y del mito de la violencia purificadora de George Sorel (Benoist *et al.*, 2016). Finalmente, el binomio mazziniano “pensamiento-acción” interpretado según la ideología de Oriani fue adoptado por los futuristas, los sindicalistas y los intelectuales de *La Voce* como un poderoso instrumento de revolución —a la vez nacional, popular, política, social y antropológica— (Salaris, 1997: 95-100). Fue la cultura absorbida en este ambiente subversivo la que conduciría en noviembre de 1914 al joven Mussolini del neutralismo al intervencionismo más encarnizado. En esta óptica, la guerra era necesaria para hacer resurgir la nación italiana, completar el *Risorgimento* traicionado por los moderados y por Giolitti, y retomar la obra heroica de Mazzini y Garibaldi (Buchignani, 2013: 48).

2. La lucha sobre la narración del *Risorgimento* entre las familias políticas del fascismo: ¿continuidad o ruptura revolucionaria?

El Estado nuevo que brotaría de la enorme convulsión de la Gran Guerra presentaría contenidos sincréticos e imprecisos, pero todos distintos a la democracia liberal representativa, y finalmente se encarnaría en el Estado fascista. Numerosos estudios han demostrado que el contexto bélico y la cultura de guerra representaron un trasfondo decisivo para comprender no solo el sucesivo éxito del fascismo, sino también sus lenguajes, su práctica política y sus modelos de representación (Gentile, 1996: 111-148; Mosse, 1996). En efecto, como ha observado Massimo Baioni, la ideologización del mito de la nación fomentada por el fascismo excluía del perímetro patriótico a todos aquellos que no se reconocían en el proyecto de regeneración totalitaria de la identidad italiana (Baioni, 2017: 40; Salvatorelli, 1923; 1964).

Sin embargo, el antagonismo sobre el pasado no terminó, como demuestra la relación ambivalente de la cultura fascista con el siglo xix italiano. De hecho, la evolución del régimen fascista, su articulación interna y las luchas políticas entre sus diferentes corrientes produjeron a veces juicios opuestos sobre el fenómeno del *Risorgimento* (Zunino, 1985; Woolf, 1965: 71-91; Belardelli, 2005; Parlato, 2000: 27-73). En este ámbito, ya después de la marcha sobre Roma, todas las corrientes de la historiografía literaria fascista compitieron para afianzar el mito de los “precursores” de las camisas negras (Baioni, 2009; 2006). A este respecto, Ferdinando Carlesi notaba como “Hoy desde Enea, apenas desembarcado en las orillas del Lacio, y de allí en adelante, todos nuestros grandes antepasados son considerados, por la gran mayoría de los autores fascistas que estudian sus vidas, fascistas *ante litteram*” (Gigante, 2011: 349-367). Sin embargo, tampoco Carlesi, a pesar de haber despreciado este “lamentable vicio”, renunciaba a atribuir unas credenciales de mérito prefascista a su autor favorito:

Entre los autores prefascistas en los cuales verdaderamente se encuentran relaciones con la doctrina fascista Massimo D’Azeglio está indudablemente entre los primeros. Quien quisiera estudiar el fenómeno fascista en su formación, digamos así, encontraría materia valiente en las páginas de los discursos de D’Azeglio (Carlesi, 1936).

En este caldo de cultivo, el 27 de abril de 1924 también Mussolini homenajeó a Alfredo Oriani como uno de los más importantes precursores de la revolución fascista:

Nos hemos nutrido de las enseñanzas escritas en sus páginas y por eso consideramos a Alfredo Oriani como un poeta de la patria, un anticipador del fascismo y un exaltador de las energías italianas. Me atrevo a afirmar que, si Alfredo Oriani hubiera estado todavía entre los vivos, él habría ocupado su puesto a la sombra de los gloriosos estandartes del lictorio¹⁰ (Kowalik, 2022; Baioni, 1988).

¹⁰ Poco tiempo después de la marcha del Cardello, que se concluyó con la traslación de los restos mortales de Oriani a un mausoleo construido a propósito, fue publicada también su *Opera Omnia* bajo el patronazgo de Benito Mussolini.

Sin embargo, la relación del fascismo con el pasado nacional estuvo fuertemente influenciada por la naturaleza sincrética de su cultura: desde el alma *strapaesana* e intransigente del fascismo provincial hasta las pulsiones clérigo-fascistas; desde la corriente autoritaria y nacionalista de Federzoni y Rocco hasta los sectores del radicalismo juvenil revolucionario; cada una de estas familias políticas tuvo un peso específico y contribuyó a las ideas sobre Italia y el fascismo (Pavone, 1995: 3-69). Por otra parte, de cara a las acusaciones de *antirisorgimento* procedentes de varios partidos antifascistas, el régimen de Mussolini consideró que para ganar la batalla del relato era oportuno acreditar su creación política como la culminación de la “revolución incumplida del *Risorgimento*”¹¹ (Gallerano, 1995; Gentile, 1944; Bottai, 1941). Esta narración constituyía el ápice de una operación cultural en la cual, abogando por subrayar la continuidad milenaria de la historia italiana, el fascismo se presentó como el fundador moderno del carácter nacional, gracias a la celebración del heroísmo patriótico, del martirologio y del virilismo guerrero como rasgos calificantes de la “italianidad” (Patriarca, 2010). Esta teoría provenía de las opiniones más refinadas de Giovanni Gentile (Sullam, 2001: 193-217; Turi, 1995) y Gioacchino Volpe (Angelini, 2011; Di Renzo, 2008) y del pensamiento más esquemático del sabaudo-fascismo, a la manera de Cesare María de Vecchi (De Vecchi Di Val Cismon, 1935; Isnenghi, 1979). Formaban parte de esta heterogénea corriente cultural también intelectuales como Francesco Ercole¹² (Ercole, 1939), Arrigo Solmi (Solmi, 1924; 1938) y Vittorio Cian¹³.

Por otro lado, actuaba la necesidad no menos urgente de destacar el potencial nuevo y moderno del fascismo, que bebía de la experiencia de la Primera Guerra Mundial como la verdadera encrucijada de la regeneración de la nación (Banti, 2011; Gentile, 1993). A este respecto, junto a los grandes aniversarios de 1928 y 1938, la Exposición de la Revolución Fascista, inaugurada en 1932 en ocasión del decenal de la marcha sobre Roma, fue la manifestación con mayor impacto político y mediático. La imagen del fascismo y su colocación en la historia eran indiscutibles en los años 1914-1922, llamados a testimoniar, con la potencia del soporte visual, el significado del laboratorio moderno del régimen. En este ámbito, Mussolini mismo exigió a los artífices de la exposición de “realizar una escenificación modernísima y audaz, sin melancólicos recuerdos de los estilos decorativos del pasado” (Baioni, 2017: 27-37; Schnapp, 2003). Como ha destacado Gregorio Tacco, el plan narrativo y el de la dimensión material iban de la mano. Por una parte, el régimen enfatizó la Grande Guerra como epílogo del *Risorgimento* e inicio de la nueva Italia fascista. Por otra, en la vertiente museológica el fascismo elaboró un innovador enfoque relativo a la configuración de las exposiciones. Y la exposición de 1932 es la demostración plástica de esta voluntad. Sin embargo, a partir de 1935, la reflexión sobre la función social y política de los museos se adecuó a las prioridades de la política exterior fascista. Así pues, los organizadores hicieron hincapié sobre el estereotipo guerrero de los italianos y la retórica imperial (Tacco, 2023).

Al mismo tiempo, se producía el choque ideológico entre los fascistas conservadores y la llamada “izquierda fascista”. Los primeros consideraban que el epílogo del *Risorgimento* coincidía con la conquista mussoliniana del poder, ínsita de la dictadura sin fisuras del 3 de enero de 1925, y con la actuación de una política de potencia alejada de la iniciativa popular¹⁴ (Simone, 2005). En este sentido, Francesco Ercole y Carlo Antonio Avenati magnificaban la figura de Carlos Alberto, predecesor de Víctor Manuel II y primer precursor del Estado fuerte, negaban la teoría del carácter liberal del *Risorgimento*, condenaban el pensamiento de la Ilustración y la tesis de la influencia de la Revolución francesa en el surgimiento del espíritu patriótico en la Península (Avenati, 1934: 98-103; Baioni, 2006: 143-150). Por su parte, Cesare María de Vecchi indicaba los orígenes

¹¹ Una interpretación de la parte fascista en Giovanni Gentile y Giuseppe Bottai.

¹² Francesco Ercole fue el director entre 1939 y 1943 de la miniserie dedicada a los mártires y a los hombres políticos del *Risorgimento*, y promovida por la Enciclopedia Biografica e Bibliografica Italiana.

¹³ Según Cian, otro exponente de la línea continuista de la tradición milenaria de la raza italiana, la revolución fascista no fue una ruptura abrupta con el pasado, sino la maduración de un largo proceso histórico.

¹⁴ El exponente más importante de los fascistas conservadores fue Alfredo Rocco, fundador jurídico del Estado fascista. En Rocco, la síntesis jurídica del pensamiento autoritario moderno no tenía comparación en cuanto a rigor constructivo y a falta de ilusiones reformadoras.

del *Risorgimento* en el proceso de fortalecimiento político y militar de la casa Saboya en la primera década del siglo XVIII (batalla de Turín de 1706). (De Vecchi Di Val Cismon, 1935: 82-92).

Por tanto, según estos intelectuales la interpretación de un *Risorgimento* liberal era falaz y fue el pretexto táctico de una acción guerrera que quería conseguir la independencia con la punta de las bayonetas (Avenati, 1934: 103-107). Desde 1925 hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, los fascistas conservadores y monárquicos impusieron su interpretación continuista del pasado nacional apoyados por el Duce, atento a no malograr el rostro respetable del fascismo frente a los poderes fácticos y a la alta cultura. Prueba fehaciente de ese estado de cosas fue el nombramiento en 1933 de Cesare María De Vecchi como presidente de la *Giunta Centrale per gli Studi Storici* y, coetáneamente, de la *Società Nazionale per la Storia del Risorgimento* (Baioni, 2006: 93-126).

En 1931, la revista *Gerarchia* resolvió oficialmente la disputa encontrando el sentido auténtico del fascismo en la mediación entre los dos polos. El impacto revolucionario era reivindicado en el sector social, donde la dictadura mussoliniana exhibía intenciones y orientaciones modernísimas. Sin embargo, el valor de la tradición, incluida la conexión con la Italia de Cavour y Garibaldi, atañía al ámbito de la espiritualidad nacional (Visciola, 2011: 163-189; Curcio, 1943: 447). En cambio, a la recuperación de los personajes de tradición democrática y republicana del *Risorgimento* recurrieron todas aquellas facciones de la “izquierda fascista” que reclamaban un cambio revolucionario del régimen y destacaban la urgencia de una nueva organización social fundada sobre el modelo del corporativismo (Parlato, 2000; Grandi, 1985: 22). A este respecto, ya en 1924, Giuseppe Bottai declaraba: “nosotros no conseguimos el poder porque hicimos la revolución, sino que tenemos el poder porque debemos hacer la revolución”¹⁵. El mencionado proyecto implicaba realizar la mazziniana revolución del pueblo; “ese pueblo que, interrumpido con la consecución de la unidad el proceso del *Risorgimento*, se quedó fuera del Estado, del que se había adueñado una oligarquía de politiqueros piemonteses y napolitanos; estos últimos, falseando la voluntad de las masas a través de la atomística democracia electoral, gobernaban en su exclusivo beneficio”¹⁶. Esto pensaba Bottai, así como todos los fascistas revolucionarios de las diversas tendencias, comprometidos en una dura batalla contra esa mentalidad burguesa, la cual, después de haber traicionado la revolución de las camisas rojas, se preparaba para enterrar la de las camisas negras. Por tanto, las críticas que los fascistas revolucionarios y radicales lanzaban contra Cavour –definido como el hombre *made in England*– y contra las clases dirigentes liberales, buscaban sobre todo golpear los componentes moderados y burgueses del régimen¹⁷ (Busini, 1970: 65-66).

Estos ejemplos demuestran que el sincretismo ideológico del fascismo ofrecía una cómoda coartada a todas las corrientes culturales del régimen, ya que la apertura hacia el pasado era una forma de delinear esa multiplicidad fascista, detrás de la cual buscaban refugio también los intransigentes (Zunino, 1985: 96-100). A este respecto, como ha evidenciado correctamente Claudio Pavone, el primero en aprovecharse de la reinterpretación fascista del pasado nacional fue el propio Mussolini, que, variando el contenido de sus discursos según las circunstancias de tiempo y de lugar, concedía retroactivamente el carné de fascista a todos los protagonistas del *Risorgimento*: (Pavone, 1995: 50-55).

Mussolini cuando quería subrayar la clarividencia del fascismo en la resolución de la Cuestión Romana defendía la tesis de la sustitución de la fiesta del 20 de septiembre con la del 11 de febrero, día de la Conciliación. Cuando quería jugar la baza del fascismo

¹⁵ Bottai, Giuseppe, “Dichiarazioni sul revisionismo”, *Critica Fascista*, 15 de julio de 1924.

¹⁶ Bottai, Giuseppe, “Epílogo del primer tiempo”, *Critica Fascista*, 1 de noviembre de 1925. Bottai, en la parte conclusiva del artículo, afirma: “Si hasta ahora el fascismo no se ha manifestado contra el pueblo, desde ahora tendrá que estar con el pueblo. Antidemocrático, lo ha sido para truncar la ilusión de una falsa democracia; pero una vez aplastada esta, hoy el fascismo tiene que hacer un llamamiento al pueblo para que de sus filas salga la ‘democracia’ destinada a gobernar el Estado italiano”.

¹⁷ A este propósito, véase Maccari, Mino, “Made in England”, *Il Selvaggio*, (6): 1-3, 16 de agosto de 1924. Sobre la actitud revolucionaria de los exponentes del fascismo escuadrista y provincial véase Suckert, Curzio, “Circa la necessità di un Tribunale Rivoluzionario fascista”, *L’Impero*, 18 de abril de 1923.

popular no dudaba en exaltar a Garibaldi; así, hablando a Monterotondo el 23 de abril de 1923 proclamó que entre la tradición garibaldina y la acción de las camisas negras no solo no había antítesis, sino continuidad histórica e ideal. Incluso el Anschluss y el eje Roma-Berlín sirvieron a Mussolini para mencionar el espíritu del *risorgimento*, gracias a estraflarias comparaciones entre las maneras con las que Italia y Alemania habían conseguido la unidad nacional. Y eran paralelismos que, subvirtiendo la interpretación de los partidarios de la tradición liberal, anulaban cualquier diferencia entre Cavour y Bismarck. “Yo os animo a estudiar la historia, señores” [...] así habló Mussolini a la Cámara el 16 de marzo 1938, mencionando el “gran autoritario Cavour” (Pavone, 1995: 52-53).

3. Fascismo institucional contra fascismo revolucionario: Gentile, Volpe y el “*Risorgimento* traicionado” de los fascistas intransigentes

Los dos intelectuales que intentaron dar una apariencia lo más culta posible al fascismo, Giovanni Gentile¹⁸ y Gioacchino Volpe, tuvieron ambos que lidiar con el *Risorgimento*. El primero realizó su tarea abandonándose a un desenfrenado ideologismo seudohistoriográfico; el segundo, con mayor equilibrio, con menos exigencias especulativas, y “dispuesto en el fondo a admitir que todos los recorridos llevan a Roma” (Pavone, 1995: 58-59).

En su conferencia titulada *Che cosé il fascismo* pronunciada en Florencia el 8 de marzo de 1925, Gentile narraba los orígenes del fascismo en el contexto de la historia italiana (Gentile, 1925; 1927: 306-335; Sullam, 2001: 205). En este discurso el filósofo sugería la existencia de una contraposición histórica e ideal entre dos Italias: la del Renacimiento, caracterizada por el individualismo, el escepticismo y la carencia de independencia intelectual; y la del *Risorgimento*, que había empezado a levantarse gracias a la religiosidad de Vico y el voluntarismo de Alfieri, culminando su resurrección con Mazzini. Según Gentile, entre Mazzini y el fascismo había una análoga concepción espiritualista del mundo; idéntico carácter religioso; una semejante animadversión hacia el individualismo jusnaturalista; un análogo pensamiento sobre las prerrogativas del Estado; el mismo postulado de un modo totalitario de entender la vida y la política (Gentile, 1925; Sullam, 2010: 77-80). En una segunda ponencia que tuvo lugar el 9 de marzo de 1925 al Congreso de Cultura Fascista en Bolonia, Gentile, proponiendo una comparación entre el modelo de la *Giovine Italia* y la *Gioventù Fascista del Littorio*, remató su discurso con estas palabras: “Nosotros, fascistas, mirando hacia atrás dentro de la historia de Italia quién fue nuestro modelo, encontramos en la austera figura de Giuseppe Mazzini la forma más pura y luminosa de nuestra fe y nuestro ideal” (Gentile, 1925). La versión fascista de Mazzini exaltada por el filósofo italiano acabó su existencia en las estampillas de la República de Saló (Belardelli, 1999). Finalmente, en el *discorso agli italiani* pronunciado en el Capitolio el 24 de junio de 1943, Gentile, en el intento de cementar en el país una unidad nacional bajo las alas del fascismo, se preguntó retóricamente cuál fue el hilo conductor de la historia de Italia: lo encontró en la tradición romana, en la Iglesia católica, en el Renacimiento y en el *Risorgimento*. Al mismo tiempo, negó la trascendencia y la dignidad de las culturas liberal y comunista, definiendo a los liberales como “fascistas tardíos” y a los comunistas como “corporativistas impacientes” (Pavone, 1995: 63-65).

Ahora bien, como ha destacado Piergiorgio Zunino, el fundamento profético del mazzinismo, su patriotismo voluntarista y su populismo espiritualista lejano de la idea liberal hacían del encuentro entre Mazzini y el fascismo un acontecimiento inevitable y menos falaz de lo que a primera vista podría parecer. De hecho, Mazzini, en su época, criticaba el egoísmo del Estado liberal, organismo sin alma encerrado en el horizonte burocrático y parlamentario y sin ninguna conexión con el ánimo popular. Las mismas críticas aducían los nacionales-revolucionarios y los fascistas

¹⁸ Giovanni Gentile fue uno de los mayores exponentes del neoidealismo filosófico y del idealismo italiano. Fue ministro de Educación de 1922 a 1924, y en esa ocasión promovió la reforma de la escuela italiana, definida por Mussolini como “la más fascista de las reformas”. Fue senador del Reino de Italia de 1922 a 1943 y cofundador del Instituto de la Enciclopedia italiana en 1932. A causa de su adhesión a la RSI fue asesinado por algunos partisanos comunistas el 15 de abril de 1944.

contra Giolitti, que no encarnaba solo una persona, sino también un sistema opaco y poco heroíco. Dicho esto, las diferencias entre el pensamiento de Mazzini y el fascismo son abismales. De hecho, la doctrina mazziniana preveía una idea de patria inseparable de la de humanidad. Es más, en esta ideología la humanidad se alcanzaría gracias a una asociación de pueblos libres e iguales que cooperarían para el progreso de la civilización y el cumplimiento del sueño de las naciones hermanadas. Por tanto, en la interpretación de Mazzini, la idea de nación estaba indisolublemente conectada a la de libertad, y la política consistía en el desafío entre democracia y libertad, por una parte, y despotismo, por otra. El nacionalismo fascista, al contrario, alteraba el espíritu originario del mazzinismo, mystificándolo y creando una supuesta libertad colectiva del Estado fascista en contraposición a una falsa libertad individual liberal y democrática. Por tanto, el fascismo imponía su ley con la violencia bajo la bandera del autoritarismo, considerando a los adversarios políticos como antiitalianos. Sin embargo, la diferencia más relevante entre Mazzini y la dictadura fascista podemos detectarla en la diversa interpretación acerca de la educación de los ciudadanos. En efecto, mientras Mazzini utilizaba la palabra “pueblo” para destacar su virtud intrínseca y la relacionaba con la etimología positiva del mismo término, los fascistas preferían la palabra “masa”, ya que evocaba una aglomeración de personas fácilmente plasmables e hipnotizables, sin ninguna conciencia crítica. En conclusión, Mussolini y los jerarcas fascistas concebían la colectividad nacional solo como una herramienta para realizar la voluntad potencial de una minoría de modernos demiurgos capitaneados por un caudillo todopoderoso. En cambio, Mazzini creía que, a través de la educación, la instrucción y la libre expresión de las opiniones, cada ciudadano aprendería a practicar el bien social, impulsando la mejora de las condiciones políticas, culturales y sociales.

Gioacchino Volpe se adhirió al régimen procedente de la Asociación Nacionalista y de los grupos nacionales liberales, convencido de que el fascismo constitúa la síntesis más acertada entre el liberalismo auténtico de la vieja derecha, con su austero sentido del Estado, y las nuevas exigencias surgidas de la cuestión social y de la crispación de la posguerra¹⁹ (Volpe, 1928: 275. Belardelli, 1988: 156. Visciola, 2011: 163-189). Es más, según Volpe, el *Risorgimento*, que tuvo su punto de partida en las aspiraciones liberales e independentistas, adoptaría pronto como valores prevalentes la unidad, la grandeza y la potencia de la patria (Volpe, 1924: 9-13; 1927; Di Renzo, 2004). En su análisis de la historia de Italia desde la unidad hasta el fascismo, Volpe expresaba un juicio ampliamente positivo sobre la obra de la derecha histórica liberal de orientación cavouriana, al tiempo que criticaba con fuerza la actuación de la izquierda histórica en el poder desde 1876 (Belardelli, 1988: 156; Visciola, 2011: 163-189). En este contexto, contrariamente a Benedetto Croce, que consideraba a Giolitti un estatista y un reformador político y social, Volpe juzgó la experiencia giolittiana floja, incoherente y tambaleante. En primer lugar, señalaba la práctica de una política exterior tímida y episódica que había menospreciado a Italia en el plan internacional. En segundo lugar, acusaba al parlamentarismo y al sistema de corrupción y colusiones de la *democracia giolittiana* (Volpe, 1927: 172-204). A este respecto, según Volpe la única etapa decente de la Italia posunitaria entre 1876 y 1922 habían sido los dos gobiernos de Francesco Crispi (1887-1889; 1889-1991), autor de un patriotismo dinámico y militante y último precursor de la nueva Italia fascista²⁰ (Volpe, 1928). Durante el *Ventennio*, Volpe se opuso con energía a todos los que veían en el régimen mussoliniano una revolución rupturista con la tradición del *Risorgimento* y la institución monárquica, respaldando el fascismo. Es más, lo describió como una doctrina política íntimamente conectada a la historia nacional; la única capaz de despertar al país del torpor al que lo había condenado un liberalismo ya desgastado y tildado como agnóstico y renunciatario²¹. En su *Storia del movimiento fascista* Volpe analizaba los rasgos fundamentales del fascismo:

¹⁹ Sobre este tema véase Volpe, Gioacchino, “Giovane Italia”, *Gerarchia*, pp. 682-683, enero de 1923.

²⁰ Según Volpe, Crispi, a pesar de su fracaso, había borrado las huellas de una mentalidad renunciataria en política exterior, propia de un pueblo subordinado y oprimido, poniendo al país frente a su deber de convertirse en una gran potencia.

²¹ Volpe, Gioacchino, “Una lettera di S. E. Gioacchino Volpe sui modi di sentire e vivere il fascismo”, *Tevere*, 27 de noviembre de 1931.

Si miramos muchas de sus ideas y el alma de sus mejores exponentes, descubrimos que el fascismo es una síntesis de los motines ideales, entre ellos diferentes y opuestos, de la edad precedente. Nosotros encontramos en él el liberalismo de los mejores hombres del *Risorgimento*, (...) impregnados de preocupaciones religiosas y, al mismo tiempo, irreduciblemente anticlericales. Encontramos también el nacionalismo, con su crítica al parlamentarismo y a la democracia entendida como método de gobierno, como manía de contentar a todos y hundir el sentimiento de autoridad (...). Encontramos también el socialismo, que despreciaba –como los nacionalistas y los liberales– la democracia palabrera, abstracta, masónica y francófila, y ponía el foco de atención en los problemas de las masas y del trabajo [...] (Volpe, 1939: 172-179).

A este respecto, en la visión de Volpe, en el fascismo coexistían dos tendencias en apariencia contradictorias, pero en realidad convergentes. La primera consistía en acelerar la formación de las aristocracias, contrastando los instintos igualitarios y niveladores y sustituyendo las clases con las jerarquías. La segunda se manifestaba en la inserción progresiva de las masas dentro de la patria y del Estado, mediante la realización del socialismo nacional anhelado por el mártir protosocialista del *Risorgimento* Carlo Pisacane (Volpe, 1939: 173-174).

Con la radicalización del mensaje fascista en clave totalitaria y la alianza con la Alemania hitleriana, los publicistas fascistas optaron por una nueva declinación de la interpretación del *risorgimento*. La elaboración quizás más detallada de la narración destinada a ampliar sus límites ideológicos fue el libro de Carlo Curcio, *Ideali mediterranei nel Risorgimento*²² (Curcio, 1941)²³. En su obra, Curcio delineaba una especie de genealogía del pensamiento mediterráneo, en la que escritores y hombres políticos de los siglos XVIII y XIX habían mirado al Mediterráneo como al “pulmón de Italia, percibiéndola no solamente como país próspero, sino también como nación dominante en su mar, proyectada hacia el continente africano, el vecino oriente, en definitiva, dueña de su destino” (Curcio, 1941: 75). Según Curcio, el *Risorgimento* y la unidad nacional no agotaban los postulados de la revolución fascista, ya que las intenciones de sus artífices habían constituido solo la primera etapa del ascenso de Italia:

Por tanto, la etapa sucesiva, inscrita en el mismo surco histórico, tenía que desembocar obligatoriamente en la exigencia de la expansión, del dominio y de la potencia, porque Italia no podía ser verdaderamente nación o Estado sin plasmar el Imperio, ya que el Imperio es la condición imprescindible de la unidad, de la vida y de la civilización italiana (Curcio, 1941: 90-91).

En este contexto no es baladí aclarar brevemente la justificación historiográfica de la conexión entre los ideales del *Risorgimento* y la política colonial desde las primeras conquistas de la edad liberal hasta el Imperio fascista. En las décadas siguientes a la unidad, los adalides de la idea del “*Risorgimento* popular y democrático” se mostraron divididos sobre el tema de las colonias. Algunos, contrarios a las aventuras coloniales, sostenían que no había ninguna diferencia entre la opresión que habían padecido bajo el Imperio austriaco y la que se quería imponer a los africanos. En el bando opuesto, otros invocaron los nombres de Mazzini y Garibaldi para describir el colonialismo italiano como un fenómeno con rostro humano, completamente diferente del imperialismo de explotación de marca franco-británica. Los mismos consideraban la expansión y la política de potencia como una continuación del *Risorgimento*. El motivo preponderante de los intelectuales y los políticos que, tanto en la época liberal como en la fascista, propugnaban una política colonial agresiva era la necesidad de encontrar en África la resolución de los problemas de la emigración italiana. En este sentido, la dimensión demográfica fue una constante del

²² Curcio 1941. En el marco del deseo de expandir la influencia italiana en el Mediterráneo, un autor como Virginio Gayda afirmó que la disputa actual entre Italia y Gran Bretaña podía considerarse la reedición moderna del antiguo conflicto entre Roma y Cartago. (Gayda, 1941).

²³ Curcio luchó en el frente del Piave durante la Primera Guerra Mundial; fue periodista profesional desde 1922 hasta 1934, y rector de la facultad de ciencias políticas de Perugia de 1938 a 1943. Fue autor del Estatuto de 1938 del PNF.

imperialismo italiano y un *leitmotiv* que le hizo ganar consenso incluso entre la oposición de izquierda²⁴. Además, la retórica de la patria y del rescate del honor nacional perdido después de Adua consiguió convencer también a diputados de ideología democrática. Sin embargo, con la guerra de Libia de 1911 se frotaron las manos los exponentes de la derecha liberal, los nacionalistas y los representantes del poder económico, principalmente el Banco de Roma. Este último era cercano también a los ambientes vaticanos y, con la guerra ítalo-turca, tuvo lugar el primer precedente de entente entre los autores del expansionismo colonial y las jerarquías eclesiásticas, anticipador del apoyo del mundo católico a la guerra de Etiopía de 1935-1936. En este sentido, el periódico católico *Rassegna nazionale* se presentó como el portaestandarte de la conciliación entre Estado e Iglesia y de la colaboración entre soldados y misioneros, entre la espada y la cruz. Para justificar la empresa de Libia fueron utilizados también los instrumentos seudocientíficos de las teorías sobre el darwinismo social y las jerarquías raciales tan de moda en los acentos racistas típicos del positivismo de finales del siglo xix. Por tanto, las convicciones ideales y los ordenamientos jurídicos de la edad liberal demuestran que existía una cierta continuidad de la política represiva gubernamental entre el periodo liberal y el *Ventennio* fascista sobre el tema de las colonias. Sin embargo, la diferencia entre el liberalismo y el fascismo en la cuestión colonial ha de buscarse, por una parte, en el activismo fascista y en su mentalidad heroica, que se tradujo en una decidida voluntad de afirmación por cualquier medio y, por otro lado, en la sistematización integral y meticulosa del racismo fascista y de la consiguiente represión, mucho más penetrante en hombres, medios y con la directiva de evitar la contaminación racial (Labanca, 2007). Como han destacado Valeria Deplano y Alessandro Pes, inmediatamente después de la proclamación del Imperio, el régimen intentó hacer coincidir italianidad, pureza de sangre y blanquitud, elementos fundadores de la sociedad fascista (Deplano-Pes, 2024: 122).

A este propósito, el fascismo tuvo en común con el nazismo alemán su nacimiento de las cenizas de la Primera Guerra Mundial. Frente a la muerte anónima de masa había brotado un hombre nuevo, sin escrúpulos, preparado para la acción, que luchaba por la patria fascista, antes en las trincheras, después contra los partidos de izquierda, y, a partir de 1935, para afianzar la dimensión imperial del fascismo. Por eso, como subrayaba un editorial de *Critica fascista*, en 1940, después de la fundación del Imperio, la nueva política mediterránea constituía la verdadera culminación del *Risorgimento*, es decir, “la última guerra para la liberación del pueblo italiano y para la libertad y la independencia de su Imperio frente a las amenazas anglosajonas y soviéticas” (Baioni, 2006: 258).

Por motivos debidos a la coyuntura interna e internacional, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, se eclipsaba la concepción fascista conservadora, católica y monárquica y se hacía preponderante el sector revolucionario, intransigente, anticapitalista y antiburgués. Por ejemplo, en la concepción de los universalistas florentinos liderados por Berto Ricci y Romano Bilenchi, revolución social e Imperio universal se configuraban como los dos rostros de la revolución fascista, “como un binomio inseparable ya presente en Giuseppe Mazzini, el gran republicano que fue imperialista mucho más y mejor que todos los macacos moderados”²⁵. El mito del *Risorgimento* traicionado superó también el 25 de julio de 1943 y sobrevivió a la caída del régimen. Para los partidarios de la República de Saló, la que estaban luchando era todavía una guerra social y revolucionaria combatida contra las demoplutocracias anglosajonas aliadas con el materialismo bolchevique²⁶ (Panunzio, 1988: 187-192). Con la institución de la RSI (República Social Italiana), los intransigentes del fascismo impusieron su versión definitiva de la realidad histórica:

²⁴ Véase el texto del poeta socialista Giovanni Pascoli, titulado “La grande Proletaria si è mossa”. Además, cuando se trató de llevar a cabo la empresa líbica declarando la guerra a un ya moribundo Imperio otomano, también el ala riformista del PSI liderada por Bonomi y Bissolati se pronunció a favor de la intervención armada.

²⁵ Ricci, Berto, *Mazzini e il popolo. L'Universale*, 13 de septiembre de 1931. R. Bilenchi: “il capofabbrica”, *Il Bargello*, 9 de junio de 1935. Véase también “Manifesto realista”, *L'Universale*, 1 de enero de 1933.

²⁶ Una interpretación fascista en Santaniello, Giuseppe, “Momento universale della Rivoluzione”, *Gerarchia*, 11 de noviembre de 1940.

la burguesía y la monarquía de Víctor Manuel III no habían respaldado la revolución fascista, sino que, al contrario, habían bloqueado su desarrollo, la habían corrompido y saboteado durante todo el *Ventennio*. Es más, habían obtenido del régimen conspicuos privilegios, hasta que en el momento decisivo traicionaron a su jefe y su patria, poniéndose del lado del invasor: la odiada plutocracia angloamericana²⁷. Y entre estos traidores los fascistas republicanos señalaban a Cesare María de Vecchi, culpable de haber votado a favor del orden del día Grandi del 25 de julio de 1943, y a Gioacchino Volpe, que, después del armisticio de Cassibile, no se adhirió a la RSI y permaneció fiel al rey y a la monarquía.

4. **El *Risorgimento* antifascista: Croce, Salvemini, Rosselli y la idea de la Resistencia como culminación del “Segundo *Risorgimento*”**

La ofensiva puesta en marcha por el régimen fue ambiciosa, imponente por dimensiones y medios utilizados, aunque no uniforme y no exenta de choques y contradicciones. Frente a una operación de tal envergadura, la reacción del mundo antifascista dibujó un marco no menos movido y articulado, a la luz de la presencia de un panorama diversificado que iba desde Benedetto Croce hasta los comunistas. En efecto, sus divisiones internas no quedaron sin consecuencias en el uso político del pasado (Ginzburg, 1964: 114-120; Woolf, 2011: 4-22). En el ámbito laico y liberal la defensa de Croce de la Italia liberal-prefascista, objeto de *damnatio memoriae* en la vulgata fascista, fue tenaz y apasionada. De hecho, el filósofo napolitano en su ensayo *La Storia d'Italia dal 1870 al 1915* respondió a *La Italia in camino de Gioacchino Volpe*, levantando definitivamente una barrera entre su concepción de la historia y la del intelectual fascista²⁸ (Bracco, 1998). En efecto, Croce defendía el régimen liberal no solo como baluarte contra el fascismo, sino como factor de progreso destinado a sobrevivirlo. Por eso presentaba bajo una luz positiva sobre todo los años marcados por el liderazgo de Giovanni Giolitti, a la cabeza de una Italia bien gobernada, sabia y prudente, caracterizada por un notable crecimiento económico (Croce, 1991). El intelectual liberal no perdía ocasión tampoco para polemizar con Giovanni Gentile definiendo las opiniones del filósofo fascista como “desagradables mezcolanzas histórico-políticas ofrecidas a los hombres del gobierno, los cuales, por su parte, no sabemos qué utilización puedan hacer de una tan absurda papilla” (Pavone, 1995: 68; 1991). Croce ironizaba también sobre “el nuevo evangelio, la nueva religión expresada por la ideología fascista”, y conversaba con los protagonistas del *Risorgimento*: imaginaba verlos ofendidos y con el rostro turbado frente a las palabras y acciones de los fascistas (Lenci, 2013: 96). A la acusación de que el *Risorgimento* había sido la obra de una minoría, Croce respondió que “los liberales de tal estado de cosas no se complacieron nunca, esforzándose en incluir un número cada vez mayor de italianos a la vida pública. Y de esta decisión brotó la concesión del sufragio universal” (Valeri, 1958: 583-594). Sin embargo, el filósofo napolitano, aun vislumbrando en la doctrina fascista la expresión de una crisis profunda, no juzgaba irreversible el desastre causado por la dictadura de Mussolini; al contrario, creía que los italianos tenían los adecuados recursos morales para derrotarla. Estos recursos los encontrarían manteniendo la fe en el valor de la libertad, sin rendirse a las delirantes sugerencias de la nueva y caótica religión del totalitarismo fascista²⁹. Como demostración de su optimismo en la recuperación de la libertad perdida Croce, en 1943, reconoció a la insurgente Resistencia el carácter de guerra “que proseguía tenaz el espíritu del *Risorgimento*, y que, ya viva en el corazón de los italianos frente a la guerra en apariencia legal pero odiosa del fascismo, se había hecho finalmente legal” (Pavone, 1995: 74). Sin embargo, en las elecciones de 1948 el bloque nacional de Orlando, Nitti y Bonomi, que se presentaba como el partido de “los padres del *Risorgimento*” y proponía una especie de

²⁷ La interpretación de parte de la RSI en Borsani, Carlo, “L'ora dello spirito”, *La Repubblica fascista*, 21 de enero de 1944; y Giorgi, Emilio, “Guerra e rivoluzione”, *La Repubblica fascista*, 25 de enero de 1944.

²⁸ Según Croce, la definición de Volpe sobre el fascismo como un régimen cercano a las exigencias de las masas populares era una mentira que enmascaraba únicamente una forma de demagogia y paternalismo autoritarios.

²⁹ Croce, Benedetto, “La replica degli intellettuali non fascisti al manifesto di Giovanni Gentile”, *Il Mondo*, 1 de mayo de 1925.

manifesto de la restauración prefascista, fue derrotado, lo que le pareció a un melancólico Croce como una ulterior confirmación de la decadencia del mundo liberal que le resultaba tan querido³⁰.

Desde el lado de un *liberalismo sui generis* se distinguió la oposición a Mussolini del joven intelectual Piero Gobetti, cuyo análisis histórico culminaba con la definición del fascismo como “autobiografía de la nación”³¹ (Gobetti, 1926; Pertici, 2011: 93-106). En *Risorgimento senza eroi*, Gobetti atribuía el origen de la crisis italiana a la falta de una revolución religiosa similar a la protestante, a la ausencia secular de libertad que había impedido la formación de una valiente élite dirigente y al atrofiado desarrollo económico (Pavone, 1995: 87). Según Gobetti, el fascismo era una aberración surgida de los peores y atávicos vicios italianos³². (Gobetti, 1995: 175). Por tanto, de la crisis se podía salir solo gracias al advenimiento de un peculiar liberalismo modernizado fundado sobre la alianza entre una clase obrera autónoma y unas élites capitalistas y políticas reformadoras, finalmente libres de las lógicas transformistas del pasado (Visciola, 2011: 179).

Desde la vertiente federalista, democrática, republicana y meridionalista se movía Gaetano Salvemini, que desde el principio fue un irreductible opositor de la dictadura (Salvatorelli, 1955: 120-124). Este último delineaba en su obra *L’Italia política del secolo xix* (1925) las raíces de la crisis italiana, achacándola al fracaso de los planteamientos de Mazzini y Cattaneo después de 1860, derrotados por los partidarios de la solución del centralismo institucional (Salvemini, 1925; Cingari, 1986; Tranfaglia, 1988: 903-923). Esa elección, que para Salvemini demostraba toda la inmadurez de la sociedad italiana, tuvo el nefasto efecto de culminar antes con el giolittismo y después con el fascismo³³ (Salvemini, 1910). Sobre la esencia del régimen, Salvemini explicó tajantemente que no fue un proceso revolucionario, sino un golpe de Estado posible por las complicidades de los aparatos militares y burocráticos del Estado, por la voluntad de conservación de los terratenientes y de los industriales y por la miope cobardía de los liberales (Salvemini, 1928: 61). Desde el exilio, en 1938, Salvemini cargaba también contra la manipulación de las tradiciones históricas italianas llevada a cabo por los intelectuales del régimen: “La historia italiana, especialmente el periodo del *Risorgimento*, es hoy sistemáticamente falseada por los fascistas. Los ganadores no se contentan con ocupar el presente, sino que proyectan su victoria en el pasado para prolongarla en el porvenir” (Salvemini, 1938: 6). En definitiva, a los partidos antifascistas no comunistas Salvemini les atribuía la tarea de perpetuar y defender la verdadera sustancia del *Risorgimento*. Y, en la Resistencia al nazifascismo, el intelectual democrático creyó realizarse el sueño que Mazzini había cultivado en vano desde 1833, es decir, el estallido de la guerrilla campesina dirigida en contra de la reacción y, en este caso, en apoyo a los partisanos antifascistas³⁴ (Pavone, 1995: 92). En esa coyuntura, Salvemini describía “la segunda mitad de 1944 y los primeros meses de 1945 como un período de exaltación creciente y un renovarse durante dieciocho meses, y no en una sola ciudad, de las cinco jornadas de Milán de 1848” (Pavone, 1995: 93). En el ambiente de euforia por la victoria conseguida Salvemini llegó a pronunciar en sentido contrario la frase de Giustino

³⁰ Sin embargo, Croce, en su corazón, antepuso sus ideales liberales prefascistas a los de la guerra democrática antifascista. De hecho, ya el 1 de marzo de 1944 escribía: “Nosotros, en el fondo de nuestra alma, estamos todavía a la espera de que resurja un mundo símil a ese en el que vivimos durante muchas décadas antes de 1914; es decir, un mundo de paz, de trabajo, de colaboración nacional e internacional. Y este es el motivo de nuestra implacable angustia, ya que esa esperanza cada vez más se aleja o, peor dicho, se ofusca y se oscurece”, (Croce 1995, 87-89).

³¹ El éxito arrollador del fascismo empujó a Gobetti a cambiar de idea sobre la interpretación del *Risorgimento*. Según el intelectual turinés, este último, contrariamente a la Revolución francesa, había sido una lucha de unas pocas personas ilustradas contra la mala literatura de un pueblo dominado por la miseria.

³² En *La Rivoluzione liberale* Gobetti escribió: “Mussolini es solamente un garibaldino tardío como Crispi. Pero es menos testarudo que él y, por su convencido oportunismo, es más dúctil”.

³³ Según Salvemini, Giolitti representó para Mussolini lo que Juan el bautista fue para Jesús Cristo: le preparó el camino.

³⁴ Pavone 1995, 92. Salvemini, recordando las modalidades de los motines sanfedistas de finales del siglo xviii en la Italia del sur, y la resistencia española contra Napoleón, alababa la guerra insurreccional partisana contra el nazifascismo. Según el intelectual antifascista, la participación de los campesinos en la lucha partisana constituía el hecho más importante de la historia italiana del siglo xx.

Fortunato, destacando que no el fascismo, sino el movimiento partisano “había revelado al pueblo italiano a sí mismo y a las otras naciones” (Pavone, 1995: 94). Una posición cercana a la de Salvemini fue expresada por los intelectuales pertenecientes a *Giustizia e Libertà* (GL), movimiento político fundado en París en 1930 por Carlo Rosselli. Como ha evidenciado Claudio Pavone:

La expresión *Segundo Risorgimento* fue utilizada por primera vez explícitamente en el ambiente del que germinó *Giustizia e Libertà*; y entre todas las formaciones políticas que participaron en la Resistencia al nazifascismo, el partido d’Azione, o al menos su ala que descendía directamente de GL fue sin duda la que más pudo considerarla congenial [...]. Del *Segundo Risorgimento* Rosselli tratará a menudo en sus escritos ideológicos y políticos. Es más, Rosselli inventa también el lema “insurgir para resurgir”, que será impreso en los bonos-moneda distribuidos por GL con evidente alusión al préstamo nacional mazziniano (Pavone, 1995: 97; Traniello, 1997: 24).

Sin embargo, como ha destacado Alberto Castelli, las posiciones acerca del juicio histórico sobre el *Risorgimento* eran diversas no solo entre todas las formaciones antifascistas, sino también dentro de la misma GL, como demostraba el artículo escrito por Andrea Caffi en marzo de 1935 en el homónimo periódico. Caffi, redimensionando la importancia de la figura de Giuseppe Mazzini en la dinámica de la lucha por la independencia italiana, negaba la conveniencia del antifascismo a tomar como referencia ideal el *Risorgimento*, ya que en él “prevalecen elementos que nuestros adversarios fascistas pueden utilizar más provechosamente que nosotros, subversivos desarraigados”. En la disputa intervinieron Umberto Calosso y el historiador inglés Gary Griffith en defensa de la lección política y moral transmitida a las futuras generaciones por la cultura del *Risorgimento* de orientación democrática (Castelli, 1997; Griffith, 1935). Cuando la disputa subió de tono, Carlo Rosselli medió entre las diversas opiniones presentando una clara línea historiográfico-política (Rosselli, 1930; 1988; 1992). Según el fundador de GL había que distinguir dos *Risorgimenti*: el primero, oficial, antes neogüelfo, después saboyano, pero en cualquier caso moderado; y, el segundo, popular, en el que nacionalidad, libertad y cuestión social habían sido valores indisolubles, propedéuticos al rescate del pueblo después de siglos de servidumbre. De este último, derrotado entre 1859 y 1860, el antifascismo tenía todo el derecho y el interés en presentarse como vengador y continuador (Pavone, 1995: 132). Sin embargo, en el relato de Rosselli, la derrota de la tradición socialista y democrática de Mazzini, Ferrari y Pisacane dejó campo libre a los Saboya (equivalentes de los Borbones) y abrió paso en el siglo xx a la instauración de la dictadura fascista³⁵ (Rosselli, 1944: 166-172). De estas consideraciones derivaba que:

El fascismo es el resultado más pasivo de la historia de Italia, un gigantesco retorno a los siglos pasados, un fenómeno deleznable de oportunismo y de renuncia. Por tanto, el régimen de Mussolini brotó por explosiones de fermentaciones escondidas de la raza y de la terrible experiencia de las generaciones pasadas [...]. El fascismo se arraiga en el subsuelo italiano, y encarna sus vicios profundos, las debilidades existentes, las miserias de nuestro pueblo (Rosselli, 1930: 167-173).

Durante la guerra de España, que marcó el culmen de la teoría rosselliana del fascismo como fenómeno mundial, los llamamientos de Rosselli al *Risorgimento*, a sus exiliados, a sus voluntarios y a sus lazos con la libertad del pueblo español, no se debían solamente a noble énfasis (Pavone, 1995). En el 1991, en sus memorias, el exaccionista Vittorio Foa recordó que la Resistencia contribuyó a dar un valor totalizante a la política también a causa del carácter totalitario del fascismo (Foa, 1991; Quazza, 1976: 244-252). Esta ansia de renovación era la que más caracterizaba el partido d’Azione, porque, como ha escrito Norberto Bobbio, la regeneración total podía surgir solo de una ideología antifascista total (Bobbio, 1968: 84-196). Una ideología que, según Gian

³⁵ Rosselli polemizó duramente contra Mussolini y se opuso a la guerra de Etiopía en un artículo titulado “Risposta a Mussolini”, *Giustizia e Libertà*, 21 de mayo de 1936. Aquí una parte del texto: “a vosotros, la Roma de la decadencia: a nosotros, la Italia republicana, comunal, resurgimental, orientada hacia el nuevo humanismo proletario”.

Enrico Rusconi, se caracterizaba por una moral heroica, difícil de adaptar al clima político que se instauró en la posguerra y fácilmente reemplazable por las estrategias realistas del PCI (Partido Comunista Italiano) y del PSI (Partido Socialista Italiano) y los éxitos electorales de la DC (Democrazia Cristiana) (Rusconi, 1993: 55-57)³⁶. Después de la disolución del partido d’Azione, su espíritu sobreviviría solo en la cultura, dado que muchos de sus exponentes lo mantendrían vivo hasta el inicio de la década de los noventa. A este respecto, el mismo Bobbio confesaba:

No tengo dificultad en admitir que para muchos de nosotros el exilio interno empezó poco después del fin de la guerra y dura todavía ahora. Con mayor razón frente a la catástrofe de nuestro país, de la que el gran responsable es el partido, que, aunando entonces las masas grises de los inmovilistas y de los apolíticos, de todos aquellos que no tuvieron ni el coraje ni el impulso generoso de elegir entre la libertad y el totalitarismo, gobierna el país desde hace más de cuarenta años³⁷ (Rusconi, 1993: 87-88).

5. La interpretación de la izquierda socialista y comunista sobre el *Risorgimento*

El Partido Socialista Italiano fue fundado el 14 de agosto de 1892 por Andrea Costa y Filippo Turati. En los orígenes, el movimiento obrero italiano surgió de una escisión de la facción de la izquierda democrática y garibaldina. Lo hizo para perder su carácter burgués y adquirir una conciencia de clases que le permitiese ampliar los derechos de los trabajadores. Por tanto, en los primeros años de su existencia, el partido socialista acentuó la polémica política e ideológica contra el radicalismo democrático y contra los “dos Giuseppe” que representaban sus “pontífices máximos” (Pavone, 1995: 107). Por tanto, el apego a las tradiciones de la izquierda del *Risorgimento* fue un rasgo de los exponentes del ala derecha y reformista del PSI, concretamente todos aquellos que menos consiguieron desmarcarse de una posición subalterna hacia la pequeña burguesía democrática y que se declaraban favorables a una política de bloques con masones, librepensadores, republicanos y garibaldinos (Pavone, 1995: 139; Bagnoli, 1996). Por tanto, en las primeras dos décadas de su existencia, la facción maximalista del PSI demostró una relativa indiferencia con respecto al *Risorgimento* (Pavone, 1995: 172). Sin embargo, a partir del cincuentenario de la unidad de Italia, los socialistas reformistas liderados por Filippo Turati revitalizaron la atención hacia la memoria de los “vencidos” del *Risorgimento* democrático exaltando a sus principales protagonistas para propiciar una transformación profunda de la nación. No podía ser de otra manera, ya que la sustancial aceptación de la participación en el álevo del régimen parlamentario burgués conllevaba que el PSI tributara su reconocimiento a las estructuras fundamentales del Estado nacido del *Risorgimento*³⁸. Sin embargo, tal como ha sostenido Massimo Baioni, en concomitancia con el triunfo del fascismo, la batalla política del PSI en el exilio fue reforzada con una acepción de italianidad que insistía sobre la definitiva incompatibilidad con la correspondiente versión fascista (Baioni, 2017: 44). En un discurso en la radio republicana de Barcelona el 9 de abril de 1938, Pietro Nenni animó a los hermanos italianos a combatir contra “los cabrones fascistas que estaban deshonrando y humillando el nombre de Italia, ya sinónimo de estragos y masacres” (Baioni, 2017: 45). Nenni exhortó a los italianos a abrir los ojos ante los abusos de la dictadura

³⁶ El Partido de Acción fue fundado en 1942 y se colocó en el área política de centro-izquierda. Su ideología se anclaba en los valores del socialismo liberal, del republicanismo, del laicismo, del antifascismo y del europeísmo. Derivó su nombre del homónimo partido fundado por Mazzini en 1853. Tuvo una vida breve y se extinguió en 1947. Sus representantes confluyeron en el Partido Socialista y en el Partido Republicano.

³⁷ El accionista Vindice Cavallera en 1998, en una entrevista, describió la experiencia accionista de esta manera: “No tenemos verdades reveladas en el bolsillo, excepto los valores que garantizarían una democracia cumplida, en lugar de la democracia coja ocupada por una oligarquía durante cuarenta años inmediatamente después del *Ventennio* de la tiranía fascista”. (Carioti, 1992: 72-73).

³⁸ Véase Cammareri, Scurti, Sebastiano, “La mancata conquista inglese della Sicilia e l’Unità d’Italia, la Sicilia e il suffragio universale (dal cinquantenario dei mille al suffragio universale)”, *Critica Sociale*, (20), 1910, pp. 117-119.

fascista, que manchaba el honor de la patria italiana y su patrimonio moral, histórico e ideológico. Finalmente, mencionó como ejemplos de virtud y abnegación a “todos los compatriotas que, dignos de la tradición de nuestro pueblo, han caído en España, combatiendo con el mismo espíritu de los héroes de nuestro *Risorgimento*, de Mazzini a Garibaldi, de los hermanos Bandera a los hermanos Cairoli, de Mameli a Pisacane” (Nenni, 1962: 228-233).

En la izquierda antifascista le tocó a Gramsci reelaborar una nueva síntesis de la más reciente historia de Italia. De hecho, también Gramsci asimiló el mito del *Risorgimento* incumplido, pero lo conectó con el concepto marxista y leninista que lamentaba la falta de alianza revolucionaria entre obreros y campesinos. A este respecto, recordamos la tesis gramsciana del *Risorgimento* como una revolución agraria fallida (Gramsci, 1954: 276-278). Sobre este argumento, el intelectual comunista desarrolló la tesis ya enunciada por Gaetano Salvemini según la cual, en los años anteriores a la Gran Guerra, el egoísmo septentrional de los socialistas reformistas había permanecido completamente indiferente frente al sur campesino (Hobsbawm, 2011: 330-331). En la lectura histórica del conflicto entre moderados y democráticos, el líder comunista, aun recordando “el maravilloso ejemplo de virtud y de libertad de la república romana de 1849”³⁹, apuntó el dedo contra Mazzini, considerado incapaz de explotar el potencial estratégico de las aspiraciones campesinas⁴⁰. Esta indecisión permitió a Cavour monopolizar el liderazgo del frente independentista, extendiendo su propia fuerza hegemónica e imponiendo el lema “independencia sin revolución”⁴¹. Sin embargo, según Gramsci, tampoco los liberales moderados consiguieron colmar las lagunas teóricas y las insuficiencias políticas, ya que se encerraron en la perpetuación de un poder oligárquico y autorreferencial ejercido mediante un Estado ajeno a las necesidades del pueblo y, en buena medida, represivo (Gramsci, 1975, Cuaderno 19; 1987; Cuaderno 6: 816). En sustancia, Gramsci, retomando las consideraciones sobre la figura del “moderno príncipe” y el jacobinismo, afirmaba que la fragilidad constitucional del Estado italiano derivaría del encuentro infecundo entre un “príncipe sin pueblo” y un “pueblo sin príncipe”⁴² (Calabró, 2013: 70). Más adelante, las condiciones de las masas populares empeoraron, provocando la caída de Italia en una crisis profunda para nada solucionada por el transformismo giolittiano y acentuada dramáticamente por el fascismo. Con esta operación Gramsci, por un lado, quería deslegitimar todas las formaciones progresistas que en los momentos decisivos de la historia italiana no consiguieron enfrentarse exitosamente a la reacción; y, por otro lado, presentaba al Partido Comunista Italiano como la única fuerza capaz de solucionar los atávicos problemas del país, en especial, los sociales (Frosini, 2010: 218).

En el contexto mundial, la decisión madurada en el ámbito del décimo *plenum* del ejecutivo de la Internacional Comunista de 1929 (teoría del socialfascismo) causó en el plano historiográfico italiano una crítica radical al fenómeno del *Risorgimento*. En efecto, ya en el primer número de la revista *Lo Stato Operaio* (1 marzo de 1927) Palmiro Togliatti⁴³ polemizaba contra los antifascistas liberales y democráticos que emprendían contra el fascismo las batallas “en los mismos términos de Mazzini y del liberalismo de hace tres cuartos de siglo”⁴⁴. De hecho, en una dura polémica

³⁹ Gramsci, Antonio, “Briciole mazziniane”, *Avanti!*, 26 de julio de 1917.

⁴⁰ Gramsci, Antonio, “Il Partito repubblicano II”, *L’Unità*, 22 de octubre de 1926. Véase también (Gramsci, 1978: 361).

⁴¹ Véase *I Quaderni dal Carcere* redactados a partir del 8 de febrero de 1929, durante su detención en las cárceles fascistas. En los cuadernos, la historia es dibujada como una disciplina para nada separada de la teoría revolucionaria y de la acción política finalizado al proyecto de reforma moral e intelectual. No es casualidad que el lema paradigmático de Gramsci fuera: “Odio a los indiferentes”. (Gramsci, 1975, 1767).

⁴² Gramsci superaba la antítesis entre príncipe y pueblo, gracias a la hegemonía de un príncipe colectivo, es decir, el Partido Comunista.

⁴³ Palmiro Togliatti lideró el Partido Comunista Italiano de 1927 a 1964. Fue ministro de Gracia y Justicia del 21 de junio de 1945 al 1 de julio de 1946. Miembro de la Asamblea Constituyente desde 1947, llevó su partido a la oposición de los varios gobiernos que lideró la Democracia Cristiana desde 1948. Togliatti repudió la ortodoxia estalinista poco antes de la muerte de Stalin, apoyando en 1956 la desestalinización de Krushev, y elaborando la teoría de la vía italiana al socialismo. Esta última consistía en el repudio del uso de la violencia y en la firme intención de aplicar la Constitución italiana en su integridad.

⁴⁴ Togliatti, Palmiro (seudónimo de Ercoli Mario), “La riforma costituzionale”, *Lo Stato Operaio*, (2), 1927, p. 1077.

contra Carlo Rosselli, Togliatti definía la ideología del “nuevo *Risorgimento*” como instrumental y funcional a la ambición política de GL:

En la propaganda de *Giustizia e Libertà* el mito del *Risorgimento* se restaura por completo y en su forma más grosera. De hecho, es la misma interpretación que se puede encontrar en los libros de Estado del fascismo para la educación primaria. El *Risorgimento* produce en el pequeño burgués italiano los mismos efectos que la fanfarria militar en los holgazanes. Fascista o democrático, él tiene la necesidad de escucharla para creerse un héroe⁴⁵.

El líder comunista remataba su artículo afirmando que la tradición del *Risorgimento* había sido explotada hasta el extremo por el fascismo, y consecuentemente la revolución antifascista solo podía ser una revolución contra su ideología y su política clasista y burguesa. En un duelo dialéctico con Salvemini sostenía que en lo más profundo de la política exterior fascista no se encontraban las bufonadas de Mussolini, sino las bases objetivas del imperialismo italiano, débil, pero no por eso menos agresivo⁴⁶.

Sin embargo, en agosto de 1935, el inicio de la etapa de los frentes populares y de la colaboración con los partidos antifascistas –posición adoptada por el séptimo congreso del Comintern en Moscú– determinaron el cambio de la narración oficial dentro del PCI. De hecho, la profunda mutación de los equilibrios internacionales debida al impetuoso ascenso de la Alemania hitleriana impulsó en el comunismo italiano una reformulación de la relación con el patriotismo resurgimental que reconsideraba las raíces democráticas de la tradición nacional⁴⁷. En todo esto, a partir del abandono de la tesis del socialfascismo, no era difícil observar una evidente adaptación táctica a la lucha política. A este respecto, los años de la formación de la unidad de Italia dejaron de ser considerados exclusivamente bajo la perspectiva clasista o como la incubación de los elementos de conservación y autoritarismo que habían marcado las primeras décadas de la vida unitaria. En cambio, el *Risorgimento* era recuperado en sus manifestaciones populares y en sus instancias de renovación y regeneración social y política, por las cuales los personajes de la tradición democrática habían entregado su vida (Pavone, 1995: 168). En este contexto, Ruggero Grieco, en concomitancia con el pacto con los socialistas en 1934, recordaba: “Nosotros podemos invocar la herencia espiritual de la tradición revolucionaria del *risorgimento* nacional, es decir, la epopeya de las luchas populares por la libertad” (Arfè, 1977: 244-250). Por su parte, Emilio Sereni, destacando la importancia de la toma de Roma por el ejército del reino de Italia en 1870, añadía: “El *Risorgimento* es un hecho objetivamente revolucionario, por crear en Italia el Estado moderno y burgués, se entiende, pero también laico, unitario, independiente, constitucional”⁴⁸.

La guerra de España fue la circunstancia que propició la vuelta gloriosa de Garibaldi –antes vituperado por sus pactos con el rey y los moderados– al comunismo italiano e internacional. A este respecto, el comunista búlgaro Georgi Dimitrov escribía: “La política del fascismo en España se pone en explícita contraposición con las ideas democráticas y revolucionarias que se encarnan en la figura inmortal de Garibaldi, héroe del pueblo italiano, y son patrimonio inalienable de ese mismo pueblo”⁴⁹. No fue casualidad que durante el periodo 1943-1945 las formaciones partisanas constituidas por exponentes comunistas asumieran la denominación de *Brigate Garibaldi*. En definitiva, el lema *Segundo Risorgimento* lanzado por los accionistas derivó, después de la liberación, en sinónimos de “Resistencia”. Asimismo, en palabras de Roberto Battaglia, la del *Segundo Risorgimento* se convirtió en la ideología de la “unidad de la Resistencia” promovida fuertemente por los comunistas, pero en principio aceptada por todas las demás fuerzas

⁴⁵ Ercoli, Mario, “Fine della questione romana”, *Lo Stato Operaio*, (39), 1929, p. 128; Ercoli, Mario, “Il programma di Giustizia e Libertà”, *Lo Stato Operaio*, (6), 1932, pp. 87-96.

⁴⁶ Ercoli, Mario, “Per comprendere la politica estera del fascismo italiano”, *Lo Stato Operaio*, (7), 1933, pp. 270-276.

⁴⁷ Sobre este argumento véase Grieco, Ruggero, “Per il fronte unico proletario di lotta”, *Lo Stato Operaio*, (6), 1932, p. 749.

⁴⁸ Sereni, Emilio, *XX Settembre. Lo Stato Operaio*, (10), 1936, pp. 588-592.

⁴⁹ Carta enviada a la revista *Lo Stato Operaio* para celebrar su décimo aniversario, (11), 1937, p. 188.

políticas que redactaron la Constitución republicana, desde los socialistas hasta los liberales (Battaglia, 1964: 28). El giro definitivo del PCI sobre la figura del jefe de las camisas rojas se dio durante las elecciones políticas de 1948. En esa ocasión, el Frente Democrático Popular, que reflejaba la alianza del PSI y del PCI en oposición a DC, utilizó como símbolo electoral el rostro de Giuseppe Garibaldi, representado gráficamente con el semblante teñido de blanco y engastado en una estrella verde con la boina roja en la cabeza, es decir, los tres colores de la bandera italiana (Fedele, 1978).

Conclusiones

En la vertiente de la memoria y de los usos públicos del *Risorgimento*, el fascismo llevó a cabo una operación agresiva e inescrupulosa. Sustituyendo el valor de la libertad con la retórica de la unidad y de la grandeza de la patria, todas las familias políticas del fascismo entraron en una pugna para hacer triunfar el relato de su propia idea de *risorgimento*. Los modernistas, como Carlo Morandi describiendo el estallido de la Segunda Guerra Mundial, declararon que el canon del *Risorgimento* se estaba revelando insuficiente para enfrentar los problemas nuevos desencadenados por un conflicto demasiado vasto y complejo para ser enmarcado dentro de la lógica del nacionalismo del siglo xix⁵⁰. Sin embargo, a pesar de estas consideraciones de los fascistas más intransigentes, durante el *Ventennio* prevaleció la tesis continuista que pretendía conectar el fascismo con la tradición cultural italiana y con la monarquía, en el ámbito de una visión que reconocía en la Antigua Roma, en los *comuni* de la Edad Media, en el *Risorgimento* y en la Gran Guerra un hilo conductor común. Acerca del *Risorgimento*, los intelectuales más institucionales podían además acompañar el reconocimiento de los objetivos logrados con la precisa indicación de los límites de ese proceso, a los cuales el fascismo se había encargado de poner remedio frente a la historia (Giovanni Gentile, Gioacchino Volpe, Cesare Maria de Vecchi, Francesco Ercole, etc.). En cambio, con la caída del régimen y la constitución de la República de Saló, llegaron a un primer plano los fascistas revolucionarios y totalitarios, que ensalzaron solamente los personajes de la tradición republicana y popular (Mazzini, Garibaldi, Pisacane), pero vaciando sus figuras de los valores de libertad y democracia. De esa manera, desahogaban su rabia contra la corriente conservadora, católica y monárquica del régimen, culpable de abdicación y traición.

En el campo antifascista podemos notar un movimiento dialéctico especular al que hemos descrito en la cultura fascista: una oscilación entre la necesidad de establecer una estrecha relación con la tradición patriótica nacional y la exigencia de repudiarla yendo más allá. Este segundo relato fue elegido por los socialistas antes de la Primera Guerra Mundial, por la corriente minoritaria de *Giustizia e Libertà* y los comunistas hasta 1935, con su teoría sobre el socialfascismo. Sin embargo, también en este caso la primera opción acabó ganando gracias al proselitismo de Gaetano Salvemini, Carlo Rosselli, el partido d'Azione y la estrategia del Partido Comunista de conformar frentes populares en óptica antifascista. En este caso, paradigmática fue la reivindicación y la glorificación de Garibaldi llevada a cabo por el bando comunista. Con la victoria sobre el nazifascismo, la definición de la Resistencia como *Segundo Risorgimento* fue aceptada por todos los partidos del Comité de Liberación Nacional. Es más, se afianzó como un mito fundacional de la nueva República, constituyendo el punto de partida de su legitimación y la reafirmación de una identidad nacional antifascista, democrática y republicana.

Llegados al final de este recorrido en el que hemos descrito la encarnizada disputa sobre el uso político del *Risorgimento* entre los intelectuales fascistas y los principales exponentes protagonistas de la Resistencia al nazifascismo, consideramos imprescindible formular algunas consideraciones finales, que —junto a la digresión sobre Mazzini— constituyen la tesis fundamental del artículo.

En primer lugar, resulta evidente que ambos bandos —por un lado, el fascista y, por otro, los partidos que forjaron la Constitución republicana— se valieron instrumentalmente de las glorias del *Risorgimento* para edificar una especie de escudo como tutela de su enraizamiento en la

⁵⁰ Morandi, Carlo, "Lezioni della guerra attuale", *Primato*, (10), 1940, p. 18.

historia y en la tradición de la nación, reivindicando, cada uno por su parte, la herencia ética de los artífices de la independencia y unidad nacional. El fascismo lo hizo atribuyéndose integralmente el mérito de la victoria italiana durante la Gran Guerra; y las formaciones políticas antifascistas, reclamando el triunfo en la guerra patriótica de liberación nacional de 1943-1945. Pero ambos relatos magnificaban su especificidad, su irreductibilidad y, consecuentemente, su superioridad histórica frente a todas las otras experiencias del pasado nacional, incluido el *Risorgimento*, considerado en las dos interpretaciones como resultado de exiguas minorías.

En el lado fascista, lo podemos notar en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la muerte de Giuseppe Garibaldi (2 de junio de 1932)⁵¹ (Cavicchioli, 2022). Efeméride elegida no casualmente, ya que Mussolini vislumbraba en la figura de Garibaldi el único gran personaje de la historia reciente italiana cuya imagen simbolizaba plásticamente la misma reversibilidad hecha de orden y de rebeldía, de autoridad y subversión de la que se nutría el mito mussoliniano⁵². Pues toda la organización del ritual tenía como objetivo celebrar la epopeya garibaldina, encuadrándola como parte decisiva de la identidad nacional. Sin embargo, durante la manifestación, la separación física de los desfiles de los garibaldinos supervivientes, por un lado, y de los veteranos de la Gran Guerra y de las camisas negras, por otro, evidenciaba el simbólico distanciamiento entre un pasado extraordinario pero acabado y un presente fascista en el que la historia se presentaba como realidad dinámica e inmanente; una contraposición entre “el fascismo que hace la historia y el liberalismo que se limita a escribirla”⁵³ (Baioni, 2009). En el lado de las formaciones políticas que fundaron la república democrática antifascista hay que distinguir las posiciones antitéticas de los dos partidos que dominaron electoralmente el periodo 1946-1992, coincidente con la Guerra Fría. En consonancia con la estrategia nacionalizadora de Palmiro Togliatti, los exponentes del PCI, gracias al tributo de sangre pagado durante la guerra de liberación, creían haber conquistado el papel de herederos legítimos de los patriotas del *Primer Risorgimento* y de hijos predilectos de la nación. De hecho, en la nueva mitología nacional de la izquierda social-comunista, el advenimiento del socialismo, considerado ya inevitable por la irreversible crisis del capitalismo occidental, era representado como la última etapa de la revolución nacional empezada con el *Risorgimento*. De esta manera, el mito nacional se mezclaba con el mito del socialismo; la hegemonía de la clase obrera —conseguida gracias a la destrucción de la burguesía reaccionaria— se convertía en el medio esencial y necesario para lograr el cumplimiento de la unidad política y moral de los italianos⁵⁴ (Gentile, 2006). Al proyecto comunista de monopolizar el mito nacional se contrapuso un análogo diseño democristiano. De hecho, la Democracia Cristiana se representó a sí misma como expresión e intérprete auténtica de una nación de plurisecular formación, que había extraviado su camino durante el liberalismo y el fascismo, pero que, a partir de 1945, había reencontrado el fundamento más sólido de su identidad en la fe religiosa y en la civilización cristiana. En este sentido, la visión degasperiana del mito nacional se explicitó en un

⁵¹ Durante el aniversario del año garibaldino, en el Palacio de las Exposiciones fue organizada la exposición histórica sobre el mito garibaldino y fue inaugurada la estatua dedicada a Anita en el Gianicolo. Sobre las reliquias y los núcleos de las memorias patrias que confluyeron en los museos del *Risorgimento* entre las últimas décadas del siglo xix y las primeras del xx, véase Silvia Cavicchioli. Sobre la dimensión mítica de la figura de Anita Garibaldi véase la misma autora (*Anita, storia e mito di Anita Garibaldi*).

⁵² Para confirmar la superioridad moral del fascismo sobre los otros fenómenos del pasado nacional incluyendo el *Risorgimento*, Mussolini, en 1932, en un apasionado discurso tenido en Ancona, declaró con convicción que el año más importante de la historia de Italia había sido 1915, no 1860 (unificación nacional) ni 1870 (toma de Roma), ya que con “le radiose giornate di maggio del 1915” el pueblo italiano, indignado por las maniobras diplomáticas de las camarillas, había echado a los traficantes del templo, convirtiéndose en artífice de su propio destino. Además, reafirmó: “hay un antes del 1915 y un después del 1915. Nostros ya no miramos al antes, porque no tenemos ninguna nostalgia para aquella época, aquellos hombres y aquellas doctrinas”.

⁵³ Frase pronunciada en ocasión de la estipulación de los pactos de Letrán en la polémica surgida con Benedetto Croce.

⁵⁴ Véase Montagnana, Mario “Nell’interesse della nazione”, *Rinascita*, (7), 1946. Según Palmiro Togliatti el PCI era el partido nacional surgido de las luchas de sus predecesores ideológicos: los Gracos, Julio César, Dante, Maquiavelo, Giordano Bruno, Galileo Galilei, Mazzini y Garibaldi.

discurso tenido en Trento en 1951, donde el estadista democristiano indicó en el monumento de Dante, en la Torre Cívica y en la catedral “los símbolos de una cultura al mismo tiempo italiana y universal, ya que nuestro sentido de unidad de la patria es coetáneamente sentido de justicia internacional y de universalidad cristiana” (De Gasperi, 1972: 893).

En segundo lugar, en nuestra opinión, no es exacto que en la posguerra mundial la situación internacional relativa a la contraposición de los dos bloques ideológicos capitalistas y comunistas haya hecho decaer en Italia los sentimientos de patria y de nación, sustituyéndolos con el internacionalismo de matriz estadounidense o soviética, o con el confesionalismo cristiano. De hecho, como recordó Federico Chabod en 1945, el ultranacionalismo fascista había degradado la idea de nación, transformándola en un ídolo absoluto, conduciéndola a la más desenfrenada bestialidad y renunciando a lo que constituía su prerrogativa más importante y profunda, la libertad (Chabod, 1987: 135). En este sentido, todos los partidos del arco constitucional, desde los liberales y los republicanos hasta los comunistas, pasando por los democristianos del querido Aldo Moro, demostraron en las primeras décadas republicanas un sincero amor patrio. Como declaró el accionista Ricardo Bauer en 1946, derrumbado definitivamente el mito de la gran potencia, la nueva Italia resurgía purificada gracias al sufrimiento, rescatada por la sangre vertida en la guerra de liberación, abogando por los ideales de paz, trabajo y justicia y ejerciendo un papel propositivo en la comunidad internacional⁵⁵. La Italia surgida de la Constitución de 1946 se asentaba orgullosamente sobre los principios de la democracia republicana, de la cooperación internacional, del respeto de la persona, de la igualdad, de la solidaridad y de la tolerancia. Según la visión clarividente de los padres constituyentes, el verdadero reto de la nación italiana era recuperar en grandeza moral lo que había perdido durante el *Ventennio* fascista buscando una dañina e irrealizable expansión.

Una idea noble de patria totalmente opuesta a la de los “sedicentes patriotas” de hoy, cuya figura más preminente, la actual presidenta del Gobierno, Giorgia Meloni –autoproclamada heretera política de la extrema derecha postfascista del MSI–, en una cumbre ítalo-estadounidense celebrada en Washington el 28 de julio de 2023, no supo responder a una pregunta formulada por Chuck Schumer, líder de la mayoría democrática en el Senado de Estados Unidos. La pregunta se refería al significado de los colores de la bandera italiana⁵⁶, dejando en evidencia la bochornosa falta de preparación de Meloni sobre un tema tan relevante. Esa misma bandera que los patriotas italianos del *Risorgimento* agitaban orgullosamente frente a los ejércitos del Imperio austrohúngaro durante las décadas de preparación a la consecución de la Independencia.

Referencias bibliográficas

- Angelini, Giovanna (2011): *Il Risorgimento democratico tra unità e federazione*, Milán, Franco Angeli.
- Angelini, Margherita (2012): *Fare storia. Culture e pratiche della ricerca in Italia da Gioacchino Volpe a Federico Chabod*, Roma, Carocci.
- Arfè, Gaetano (1977): *Storia dell'Avanti!*, Milán, Ed. Avanti!
- Avenati, Carlo Antonio (1934): *La rivoluzione italiana da Vittorio Alfieri a Mussolini*, Turín, Paravia.
- Bagnoli, Paolo (1996): *Rosselli, Gobetti e la rivoluzione democratica: uomini e idee tra liberalismo e socialismo*, Scandicci, La Nuova Italia.
- Baioni, Massimo (1994): *La religione della patria: musei e istituti del culto risorgimentale, 1884-1918*, Treviso, Pagus.
- Baioni, Massimo, Filippo Focardi, Elena Mazzini, Silvano Montaldo y Xavier Tabet (2021): “Dal Risorgimento alla Seconda Guerra Mundial. Formazione, trasmissione, e usi pubblici del

⁵⁵ Bauer, Riccardo, “La posizione e la funzione internazionale dell’Italia”, *Mercurio*, enero de 1946.

⁵⁶ La bandera italiana nació recalando los ideales y la forma de la bandera de la Francia revolucionaria de 1789. La adopción oficial del tricolor por parte de la República Cispadana de procedencia napoleónica tuvo lugar el 7 de enero de 1797 en Reggio Emilia. La única diferencia con respecto a los colores franceses consistió en que los patriotas italianos antiaustriacos adoptaron en lugar del azul, el verde, presente en los uniformes de la Guardia Cívica de Milán. El blanco y el rojo eran los colores de la ciudad de Milán.

- passato nell'Italia Contemporanea", *OpenEdition Journals*, 27. <https://journals.openedition.org/laboratoireitalien/7813> [Consulta: 21 de enero de 2024].
- Baioni, Massimo (1988): *Il fascismo e Alfredo Oriani*, Ravenna, Longo Angelo.
- Baioni, Massimo (2006): *Risorgimento in camicia nera. Studi, istituzioni, musei nell'Italia fascista*, Roma, Carocci.
- Baioni, Massimo (2009): *Risorgimento conteso. Memorie e usi pubblici nell'Italia contemporanea*, Parma, Diabasis.
- Baioni, Massimo (2017): *Le patrie degli italiani. Percorsi nel Novecento: Collana le ragioni di Clio*, Pisa, Pacini.
- Baioni, Massimo (2020): *Vedere per credere. Il racconto museale dell'Italia unita*, Roma, Viella.
- Banti, Alberto Maria (2011): *Sublime Madre Nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*, Roma, Laterza.
- Battaglia, Roberto (1964): *Risorgimento e Resistenza*, Roma, Editori Riuniti.
- Belardelli, Giovanni (1988): *Il mito della nuova Italia. Gioacchino Volpe tra guerra e fascismo*, Roma, Edizioni Lavoro.
- Belardelli, Giovanni (1999): *Miti e storia dell'Italia unita*, Bolonia, Il Mulino.
- Belardelli, Giovanni (2003): "Una nazione senza anima: la critica democratica del Risorgimento". En Loreto Di Nucci y Ernesto Galli Della Loggia, eds., *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia Contemporanea*, Bolonia, Il Mulino, p. 43.
- Belardelli, Giovanni (2005): *Il Ventennio degli intellettuali. Cultura, politica, ideologia nell'Italia fascista*, Roma, Laterza.
- Benoist, Alain de, Julien Freund et al. (2016): *El enigma George Sorel. ¿Revisión del marxismo o prefascismo?*, Tarragona, Ediciones Fides.
- Bobbio, Norberto (1968): *Profilo ideologico del Novecento*, Milán, Garzanti.
- Bottai, Giuseppe (1941): *Pagine di Critica fascista (1915-1926)*, Florencia, Le Monnier.
- Bracco, Barbara (1998): *Storici italiani e politica estera: tra Salvemini e Volpe 1917-1925*, Milán, Franco Angeli.
- Buchignani, Paolo (2011): "Il Risorgimento nella cultura del fascismo rivoluzionario", en Zeffiro Ciuffoletti y Simone Visciola, eds., *Risorgimento. Studi e riflessioni storiografiche*, Florencia, Centro Editoriale Toscano, pp. 247-281.
- Buchignani, Paolo (2013): "Il mito del Risorgimento tradito nella cultura post-unitaria e novecentesca", en Carmelo Calabrò y Mauro Lenci, eds., *Quale Risorgimento? Interpretazioni a confronto tra fascismo, Resistenza e nascita della Repubblica*, Pisa, Edizioni ETS, pp. 41-61.
- Busini, Roberto (1970): *Il "Selvaggio squadrista" (1924-1925): le radici di una corrente del cosiddetto fascismo di sinistra*, Padua, Liviana.
- Calabrò, Carmelo (2013): "Il Risorgimento di Gramsci tra storia ed egemonia". En Carmelo Calabrò y Mauro Lenci, eds., *Quale Risorgimento?* Pisa, Edizioni Ets, pp. 63-78.
- Capone, Alessandro (2002): "Tradizione del Risorgimento e identità nazionale", en Ester Capuzzo, ed., *Cento anni di storiografia sul Risorgimento*, Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, pp. 229-273.
- Carioti, Antonio (1992): *La lezione dell'intransigenza*, Milán, Acropoli.
- Carlesi, Ferdinando (1936): *I miei ricordi. Massimo D'Azeglio*, Milán, Biblioteca Classica Popolare Italiana e Straniera.
- Casalena, Maria Pia (2018): *Eroi in bilico. Il Risorgimento nei dizionari biografici del Novecento*, Roma, Carocci.
- Castelli, Alberto (1997): *L'unità d'Italia pro e contro il Risorgimento*, Milán, E/O.
- Cavicchioli, Silvia (2017): *Anita. Storia e mito di Anita Garibaldi*, Turín, Einaudi.
- Cavicchioli, Silvia (2022): *I cimeli della patria: politica della memoria nel lungo Ottocento*, Roma, Carocci.
- Chabod, Federico (1987): *La idea de nación*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Cian, Vittorio (1928): "I precursori del fascismo", en Giuseppe Luigi Pomba, ed., *La civiltà illustrata nella dottrina e nelle opere*, Milán, Utet, pp. 119-141.
- Cingari, Gaetano (1986): *Gaetano Salvemini tra politica e storia*, Roma, Laterza.

- Croce, Benedetto, ed. (2022): *Quando l'Italia era divisa in due. Estratto di un diario (luglio 1944-giugno 1945)*, Reggio Emilia, The Dot Company Edizioni.
- Croce, Benedetto, Giuseppe Galasso, ed. (1991): *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Milán, Adelphi.
- Curcio, Carlo (1941): *Ideali mediterranei nel Risorgimento*, Roma, Urbinati.
- Curcio, Carlo (1943): "Le origini del sindacalismo en Italia", *Civiltà fascista*, 5, p. 447.
- De Federicis, Nico (2013): "Il valore dell'uguaglianza. La lunga eredità del Risorgimento nel pensiero democratico italiano", Carmelo Calabrò y Mauro Lenci, ed., *Quale Risorgimento?*, Pisa, Edizioni ETS, pp. 11-32.
- De Gasperi, Alcide (1985): *Discorsi parlamentari*, II, Roma, Camera dei Deputati.
- De Vecchi Di Val Cismon, Cesare Maria (1935): "Il senso dello Stato nel Risorgimento", en Cesare Maria De Vecchi, ed., *Bonifica fascista della cultura*, Milán, Biblioteca della Scuola di Mistica Fascista, pp. 63-65.
- De Vecchi Di Val Cismon, Cesare Maria (1935): "Indirizzo, origini e sviluppo del Risorgimento", en Cesare Maria De Vecchi di Val Cismon, ed., *Bonifica fascista della cultura*, Milán, Biblioteca della Scuola di Mistica Fascista, pp. 82-92.
- Della Peruta, Franco, ed. (2004): *I democratici e la rivoluzione italiana. Dibattiti ideali e contrasti politici all'indomani del 1848*, Milán, Franco Angeli.
- Deplano, Valeria y Alessandro Pes (2024): *Storia del colonialismo italiano. Politica, cultura e memoria dall'età liberale ai nostri giorni*, Roma, Carocci.
- Di Renzo, Eugenio (2004): *Un dopoguerra storiografico. Storici italiani tra guerra civile e Repubblica*, Florencia, Le Lettere.
- Di Renzo, Eugenio (2008): *La storia e l'azione. Vita politica di Gioacchino Volpe*, Florencia, Le Lettere.
- Ercole, Francesco (1939): *Il Risorgimento italiano. I martiri*, Roma, EBBI.
- Fedele, Santi (1978): *Fronte popolare. La sinistra e le elezioni del 18 aprile 1948*, Milán, Bompiani.
- Foa, Vittorio (1991): *Il cavallo e la torre*, Turín, Einaudi.
- Frosini, Fabio (2010): *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei "Quaderni dal carcere" di Vittorio Gramsci*, Turín, Utet.
- Gallerano, Nicola (1995): *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli.
- Gayda, Virginio (1941): *Italia e Inghilterra. L'inevitabile conflitto*, Roma, Il Giornale d'Italia.
- Gentile, Emilio (1982): *Il mito dello Stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*, Roma, Laterza.
- Gentile, Emilio (1993): *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma, Laterza.
- Gentile, Emilio (1996): *Le origini dell'ideologia fascista*, Bolonia, Il Mulino.
- Gentile, Emilio (2006): *La Grande Italia. Il mito della nazione nel xx secolo*, Roma, Laterza.
- Gentile, Giovanni (1925): *Che cos'è il fascismo?*, Florencia, Vallecchi.
- Gentile, Giovanni, ed., Antonio Cavallara Hervè (2003): "Il fascismo nella cultura", en *Politica e cultura*, vol. I, Florencia, Le Lettere.
- Gentile, Giovanni (1927): *Origini e dottrina del fascismo*, Roma, Libreria del Littorio.
- Gentile, Giovanni (1944): *I profeti del Risorgimento*, Florencia, Vallecchi Editore.
- Gigante, Claudio (2011): "Scrittori del Risorgimento 'precursori del fascismo'. A proposito di un luogo comune della storiografia letteraria fascista", *Intersezioni*, 3, pp. 349-367.
- Ginzburg, Leone (1964): "La tradizione del Risorgimento", en Leone Ginzburg, ed., *Scritti*, Turín, Einaudi.
- Gobetti, Piero (1926): *Risorgimento senza eroi*, Turín, Edizioni del Baretti.
- Gobetti, Piero, ed. (1995): *La rivoluzione liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, Turín, Einaudi.
- Gramsci, Antonio, ed. (1978): *La costruzione del partito comunista 1923-1926*, Turín, Einaudi.
- Gramsci, Antonio, ed. (1954): *L'Ordine Nuovo 1919-1920*, Turín, Einaudi.
- Gramsci, Antonio, ed., Valentino Gerratana (1975): *Quaderni dal carcere, Quaderno (15)*, Turín, Einaudi, p. 1767.
- Grandi, Dino, ed. (1985): *Il mio paese. Ricordi autobiografici*, Bolonia, Il Mulino.
- Griffith, Gary (1935): *Mazzini profeta di una nuova Europa*, Roma, Laterza.

- Hobsbawm, Eric (2011): "Gramsci", en Eric Hobsbawm, ed., *Come cambiare il mondo. Perché riscoprire l'eredità del marxismo*, Milán, Rizzoli, pp. 330-331.
- Isnenghi, Mario (1979): *Intellettuali militanti e intellettuali funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Turín, Einaudi.
- Kowalik, Katarzina (2022): *La realtà dell'Italia post-unitaria nelle opere di Alfredo Oriani. L'Analisi storicoletteraria del caso della ricezione di un autore preteso dal regime politico*, Lodz, Universidad de Lodz. DOI: <https://doi.org/10.18778/8220-892-4>
- Labanca, Nicola (2002): *Oltremare. Storia dell'espansione coloniale italiana*, Bolonia, Il Mulino.
- Lenci, Mauro (2013): "La disputa sul Risorgimento. Dall'avvento del fascismo alla nascita della Repubblica", en Carmelo Calabrò y Mauro Lenci, eds., *Quale Risorgimento?*, Pisa, Edizioni Ets, pp. 93-115.
- Mastellone, Salvo (2000): "La democrazia etica di Mazzini (1837-1847)", *Filosofia politica*, 3, pp. 435-440.
- Mosse, George (1996): *Il fascismo. Verso una teoria generale*, Roma, Laterza.
- Nenni, Pietro (1962): "Un discorso di Nenni alla Radio Repubblicana di Barcellona", en Pietro Nenni, ed., *Spagna*, Milán, Edizioni Avanti!, pp. 228-233.
- O'Clery, Patrick Keyes (2017): *La rivoluzione italiana: come fu fatta l'unità della nazione*, Milán, Ares.
- Oriani, Alfredo, ed. (1925): *La lotta politica in Italia, origini della lotta attuale 476-1887*, vol. II, Bolonia, Cappelli.
- Oriani, Alfredo (1908): *La rivolta ideale*, Nápoles, Ricciardi.
- Panunzio, Vito (1988): *Il "secondo fascismo" 1936-1943. La reazione della nuova generazione alla crisi del movimento e del regime*, Milán, Mursia.
- Parlato, Gioacchino (2000): "Il mito del Risorgimento nella sinistra fascista", en Gioacchino Parlato, ed., *La sinistra fascista. Storia di un progetto mancato*, Bolonia, Il Mulino, pp. 27-73.
- Patriarca, Silvana (2010): *Italianità. La costruzione del carattere nazionale*, Roma, Laterza.
- Pavone, Claudio (1991): *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri.
- Pavone, Claudio (1995): "Le idee della Resistenza. Antifascisti e fascisti di fronte alla tradizione del Risorgimento", en Claudio Pavone, ed., *Alle origini delle Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Turín, Bollati Boringhieri, pp. 3-69.
- Pertici, Roberto (2011): "Parabola del "revisionismo risorgimentale", *Ventunesimo Secolo*, 26, pp. 93-120.
- Pesante, Vincenzo (1996): *Il problema Oriani. Il pensiero storico-politico. Le interpretazioni storiografiche*, Milán, Franco Angeli.
- Quazza, Guido (1976): *Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca*, Milán, Feltrinelli.
- Riall, Lucy (1997): *Il Risorgimento. Storia e interpretazioni*, Roma, Donzelli.
- Romeo, Rosario (1963): *Dal Piemonte Sabaudo all'Italia liberale*, Turín, Einaudi.
- Romeo, Rosario (1984): *Vita di Cavour*, Roma, Laterza.
- Rosselli, Carlo (1930): *Socialisme liberal*, París, Librairie Valois.
- Rosselli, Carlo (1944): *Scritti politici e autobiografici*, Nápoles, Polis.
- Rosselli, Carlo, ed., Costanzo Casucci (1988): *Scritti dall'esilio I. "Giustizia e libertà" e la concentrazione antifascista (1929-1934)*, Turín, Einaudi.
- Rosselli, Carlo, ed., Costanzo Casucci (1992): *Scritti dall'esilio II. Dallo scioglimento della concentrazione antifascista alla guerra di Spagna*, Turín, Einaudi.
- Rusconi, Gianfelice (1993): *Se cessiamo di essere una nazione*, Bolonia, Il Mulino.
- Saija, Marcello (2019): *Francesco Crispi*, Soveria Monnelli, Rubettino.
- Salaris, Claudia (1997): *Marinetti, Arte e vita futurista*, Roma, Editori Riuniti.
- Salvatorelli, Luigi (1923): *Nazionalfascismo*, Turín, Piero Gobetti Editore.
- Salvatorelli, Luigi (1955): "L'opposizione democratica durante il fascismo", En Alessandro Garosci et al., eds., *Il Secondo Risorgimento. Nel decennale della Resistenza e del ritorno della democrazia. 1945-1955*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, pp. 105-123.
- Salvatorelli, Luigi y Giovanni Mira (1964): *Storia d'Italia nel periodo fascista*, vol. II, Turín, Einaudi.

- Salvemini, Gaetano (1925): "L'Italia politica del secolo xix", en Gaetano Salvemini, ed., *L'Europa del secolo xix*, Padua, Milani.
- Salvemini Gaetano (1928): *The fascist dictatorship in Italy*, Londres, Jonathan Cape.
- Salvemini, Gaetano, ed., (1967): "Prefazione a Carlo Rosselli", *Oggi in Spagna domani in Italia*, Turín, Einaudi.
- Salvemini, Gaetano (1961): *Lezioni da Harvard. Le origini del fascismo in Italia*, Milán, Feltrinelli.
- Schnapp, Jeffrey T. (2003): *Anno X. La Mostra della Rivoluzione fascista del 1932*, Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici.
- Scichilone, Giorgio (2013): *Francesco Crispi*, Palermo, Flaccovio.
- Simone, Giulia (2005): *Il Guardasigilli del regime. L'itinerario politico e culturale di Alfredo Rocco*, Milán, Franco Angeli.
- Solmi, Arrigo (1924): *Il Risorgimento italiano 1814-1918*, Roma, Federazione Italiana Biblioteche Popolari.
- Solmi, Arrigo (1938): *La genesi del Risorgimento nazionale*, Florencia, Vallardi.
- Sullam, Simon Levis (2001): "Pensiero e Azione: Giovanni Gentile e il fascismo tra Mazzini, Vico (e Sorel)", *Annali della Fondazione Einaudi*, 1 (35), pp. 193-217.
- Sullam, Simon Levis (2010): *L'Apostolo a brandelli. L'eredità di Mazzini tra Risorgimento e fascismo*, Roma, Laterza.
- Taccola, Gregorio (2023): *Raccogliere, ordinare, esporre. Grande Guerra e musei di storia a Milano*, Milán, Biblion.
- Tranfaglia, Nicola (1988): "Gaetano Salvemini storico del fascismo". *Studi Storici*, 4, pp. 903-923.
- Trañiello, Francesco (1997): "Sulla definizione di Resistenza come "Secondo Risorgimento", en Claudia Franceschini, Sandro Guerrieri y Giancarlo Monina, eds., *Le idee costituzionali della Resistenza*, Roma, Presidenza del Consiglio dei Ministri, Dipartimento per l'Editoria, pp. 17-26.
- Valeri, Nino (1958): *La lotta politica in Italia dall'unità al 1925*, Florencia, Le Monnier.
- Visciola, Simone (2011): "Cultura storiografica e Risorgimento nelle crisi dell'Italia unita (Dalla fine del secolo xix al fascismo)", en Zeffiro Ciuffoletti y Simone Visciola, eds., *Risorgimento, Studi e riflessioni storiografiche*, Florencia, Centro Editoriale Toscano, pp. 163-189.
- Vivarelli, Roberto (1996): *Italia 1861*, Bolonia, Il Mulino.
- Volpe, Gioacchino (1924): *Fascismo, governo fascista, problemi italiani del momento*, Milán, Istituto Editoriale Scientifico.
- Volpe, Gioacchino (1927): *L'Italia in cammino. L'ultimo cinquantennio*, Milán, Treves.
- Volpe, Gioacchino (1928): *Guerra, dopoguerra e fascismo*, Venecia, La Nuova Italia.
- Volpe, Gioacchino (1939): *Storia del movimento fascista*, Milán, Istituto per gli Studi di Politica Internazionale.
- Woolf, Stuart (2011): "Uso e abuso del Risorgimento nell'Italia repubblicana", en Annalisa Bini, Chiara Daniele y Silvio Pons, eds., *Farsi italiani. La costruzione dell'idea di nazione nell'Italia repubblicana*, Milán, Feltrinelli Editore, pp. 4-22.
- Woolf, Stuart J. (1965): "Risorgimento e fascismo. Il senso della continuità nella storiografia italiana", *Belfagor*, 1, pp. 71-91.
- Zunino, Pier Giorgio (1985): *L'ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bolonia, Il Mulino.
- Zunino, Pier Giorgio (2003): *La Repubblica e il suo passato. Il fascismo dopo il fascismo, il comunismo, la democrazia: le origini dell'Italia contemporanea*, Bolonia, Il Mulino.